



Segundo certamen de **LOS CONTEMPORÁNEOS**

Lema: **METEOR**

EL ESPECTRO

Novela de **Bernardo Morales San Martín**

Ilustraciones de **ROMERO CALVET**

Los Contemporáneos

30 cént.

Los Contemporáneos

Se publica los viernes

Oficinas: CAÑOS, 4

Apartado 216

MADRID

Precios de suscripción

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.

Semestre 6,50 pesetas. Año 12

Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18

Anuncios: pídase tarifa.

Número suelto: 30 céntimos

Libros y revistas

DIALOGOS AMATORIOS.—Vicente Pérez Pascual.

He dicho alguna vez que los escritores no deben escribir sino cuando tengan algo que contarnos; si el Sr. Pérez Pascual compartiera mi opinión (indiscutiblemente no la comparte), se hubiera librado muy mucho de publicar sus *Diálogos amatorios*.

Diez son en suma, si no he contado mal; de ellos, hay uno bueno, pero no pasan de dos los aceptables, y su autor debió guardarnos en un cajón, como guardamos todos, ó casi todos, aquellas obras que aun planeadas con cariño, no respondieron á nuestras esperanzas.

Diálogos amatorios es en cierto modo una repetición de esos sutiles y exquisitos diálogos que de mano maestra escribe Jacinto Benavente; sino que aquéllos á que aludí primero no son de Benavente, ni su exquisitez y sutileza se descubren por parte alguna.

El Sr. Pérez Pascual no conoce bien á las mujeres: ni las mujeres son como él las pinta, ni las mujeres piensan como él dice, ni las mujeres hablan como él las hace hablar por mero capricho.

La prosa del Sr. Pérez Pascual es abstrusa, laberíntica é indescifrable como un escrito cuneiforme: yo declaro con toda sinceridad que no llego á entenderla. Y para que no se me tache de parcial (el Sr. Pérez Pascual á quien no tengo el honor de conocer merece todos mis respetos), lo demostraré, ó trataré de demostrarlo; trataré digo, porque no soy infalible, y muy bien pudiera equivocarme.

Para el Sr. Pérez Pascual, como para tantos otros que empiezan, y aun para algunos que acaban, el *lo*, el *ta*, y el *te* son cosas de poca monta, á los que no concede importancia; de donde resulta que en *castellano neto* no dice lo que quieren decir, ó no quiere decir lo que dice en muchas ocasiones.

Vean ustedes (pág. 9) una carta dirigida á una mujer por un galán enamorado:

"Os amo, sí (el tratamiento ya no lo usa nadie). Acaso le molesta esta canción..."

Poco más abajo:

"Decirle mi amor..." (pág. 10): "se aleja forzosamente de su rincón amado y más le recuerda..."

"Ya sé que nada le obliga..." (pág. 10): "¿qué le detiene?"

Señor Pérez Pascual: todos esos son desatinos de los grandes: "ya sé que nada le obliga, debió usted decir: ¿qué le detiene? preguntarla, y contarnos que quién "se aleja forzosamente de su rincón amado, más lo recuerda, cuanto más se distancia".

En la misma página 10 leo algo espantoso: "le adoro furiosamente", dice el galán á su amada: ¿no debió decir *la* adoro?

Vamos ahora á la página 15, y oigamos á una mujer que habla de su novio. "Todo en él—dice—me encantaba y atrae, porque es desconocido, porque ignora su nombre y sus defectos; y porque lo adorno con todas las perfecciones ansiadas".

De donde parece deducirse que el adornado no es el mancebo sino el nombre: error oraso; el adornado es el galán, cosa que hubiéramos entendido si el autor hubiera escrito *le* adorno.

En la página 16 leo que "un silencio cruzó la sala", frase muy modernista, ya lo sé, pero completamente vacía.

Página 34:

—"Pero López es muy bruto: será un tirano.

—Acaso *eso* sea su mayor encanto".

Acaso sea *ese* su mayor encanto, debió decir el autor.

En la página 36 se afirma que "Carmen y Joaquín son casados hace tres meses", y en nuestro idioma la frase es harto mal construida.

Página 43: "Yo sé que esta indulgencia y nuestra honradez es la única fuerza que nos queda para atraernos".

Son las únicas fuerzas, Sr. Pérez Pascual, debió usted decir.

"Et sic de ceteris": el libro está plagado de desatinos: dos hay sin embargo que he de mencionar porque ante ellos me he quedado absorto:

"Han llegado á la Moncloa (pág. 59); el hermoso parque está *lujuriante* de flores, aromas, y verde que *EXCITA EL APETITO*".

¡Caramba, caramba y caramba!

Pues lean ahora el final en la página 60:

"El habla bajo, *juntas las caras*, y ella obedece mansamente al imperativo del amor..."

El Sr. Pérez Pascual ha descubierto por lo visto el hombre de *varias caras*.

Cuide mucho las citas, y se ahorrará decir disparates: en la página 35 se glosa el famoso soneto

"Mentre che'l danno é la vergogna dura
non veder, non sentir é gran ventura".

—"¿Qué dice usted?—preguntó ella.

—Recordaba al poeta florentino".

Y ese soneto, Sr. Pérez Pascual, lo escribió Miguel Ángel que asombró al mundo como pintor y como escultor, aunque nadie nos hable de él como poeta.

BOCETOS (prosa y verso).—Ramón Calvo Jiménez.

El Sr. Calvo Jiménez autor de *Bocetos*, es un alumno de la Academia de Caballería; lo era, mejor dicho, porque según mis noticias, es ya todo un oficial que sueña con emular las glorias de otros muchos militares que ocupan preeminente lugar en nuestro Parnaso.

En *Bocetos* hay de todo: novelitas cortas, cuentos y poesías.

Las poesías (no se enfade el autor), son malas: la prosa en cambio es muy aceptable, y original casi siempre, nos describe frágiles historietas, bien pensadas, bien sentidas, escritas con cierta galanura, y no exentas, algunas, de alquitarados conceptos filosóficos.

Desgracia alegre, por ejemplo, es un lindísimo boceto, y pudo ser mucho mejor, si su autor hubiera tenido la paciencia de esperar, y escribirlo dentro de algunos años, cuando la vida haya hablado en él, y sus observaciones sean observaciones propias, no fruto de asiduas lecturas.

El libro, como libro de un escritor muy joven que piensa bien, es valiente, sincero y generoso: digno por lo tanto de las mayores simpatías.

El Sr. Calvo Jiménez empieza bien su carrera literaria: el tiempo nos dirá si continúa por el buen camino y acredita su nombre.

Cosa que yo de todo corazón le deseo.

M. de M.

VOTACION DEL SEGUNDO CERTAMEN

DE

Los Contemporáneos

VÁLE, NÚM 13.

Para tener derecho al voto es indispensable enviarnos los vales correspondientes. Estos deberán remitirse terminada que sea la publicación de las novelas aceptadas.

— SEGUNDO CERTAMEN DE —
LOS CONTEMPORÁNEOS

===== Lema: **METEOR** =====
Autor: **BERNARDO MORALES SAN MARTÍN**

EL ESPECTRO

JORNADA PRIMERA

VALENTINA: crisálida que ha llegado al momento supremo de abrir sus alas de colores, pasando de súbito á la brillante existencia alada de la mariposa. Veinte años de singular belleza. Mujer de RAMÓN.

DOLORES: anciana; crisol de dolores. Corazón abierto siempre á la esperanza, como todos los que han gozado poco y sufrido mucho. Madre de RAMÓN.

DANIEL: Alma joven; en sus palabras se adivina al niño ingenuo; no le comprenden los seres caducos y escépticos. Soñador y sentencioso. Cuando sueña en voz alta parece un vidente, un iluminado. No gozó el placer de conquistar un alma y sufre torturas sin fin, aumentadas por el martirio de su ceguera: "Un accidente del trabajo" cegó sus ojos en la fábrica de productos químicos, donde trabajaba con su hermano RAMÓN.

RAMÓN: Mozo tenaz en la propaganda de sus ideales de reivindicación social. Algo desequilibrados sus sentimientos, olvida ó desdeña los goces y la paz del hogar por sus andanzas y sueños de Mesías social. Fácil de palabra y fogoso para la acción en mítines y huelgas; seco y desebriado para el *amor*; indiferente á

las manifestaciones del arte. No tiene más historia. Se ignora si merece tenerla.

—
Casa de un obrero. Es "la casa pobre" clásica, sin llegar á miserable. Limpio y pulcro todo el ajuar.

A la derecha una máquina de coser, un cesto de costura y varias sillas cubiertas con piezas de ropa blanca, patrones, etc. VALENTINA cose, quita hilvanes y corta á diestro y siniestro, fingiendo gran atención á su labor.

A la izquierda, en apartado grupo, junto á la también clásica "mesa de pintado pino" DOLORES lee y DANIEL escucha. Este de vez en cuando vuelve la cabeza hacia VALENTINA y parece contemplarla con sus ojos extáticos, cuajados, muertos... Suspira, gime y torna á escuchar la lectura.

La puerta del fondo da á la calle. Las de la derecha á habitaciones interiores. La de la izquierda al jardincillo de los obreros.

Hora: la de la caída de una tarde, fría y serena de invierno.

Lugar de la acción: alrededores de una fábrica, próxima á una ciudad de Levante.

DOLORS (*Leyendo*).—"Levánteme la venda y miré al campo... Vi el arco iris y me quedé asombrado, mudo de admiración y de fervor religioso. No sé por qué, aquel sublime espectáculo, para mí desconocido hasta hoy me dió la idea más perfecta de la armonía del mundo... No sé por qué, al mirar la perfecta unión de sus colores, pensaba en ti..." (DANIEL torna su cabeza de joven profeta, insensiblemente, hacia donde está Valentina y parece querer aspirar el perfume de juventud y de belleza que irradia la figura de la linda obrera. Nadie nota el movimiento de la testa soñadora del ciego. DOLORS prosigue): "No sé por qué, viendo el arco iris dije: yo he sentido antes esto en alguna parte..."

DANIEL (*Que deja de mirar y de sentir con los sentidos que le restan á Valentina*).—Y yo pienso y digo, madre, que fué cruel conmigo la suerte. Pablo, el ciego venturoso de ese libro, no había visto nunca la luz, el sol, los campos, la belleza de los seres... y de súbito contemplaba todo el magnífico espectáculo de la creación y en el centro de él á Florentina la hermosa, cifra, compendio de la humana perfección... Y yo, que admiré y amé la visión de mi pequeño universo y en el centro de él también una hermosa, cifra y compendio de todo lo creado... (Torna á mirar á VALENTINA), perdí la esperanza de volver á la luz desde mis eternas tinieblas. El iba de las tinieblas á la luz, que es ir del no ser á la vida y al amor... ¿Dónde voy yo, sumido en las negruras de mi suerte triste? ¿Por dónde caminaré sin esperanza de amor, sin amor de esperanza?

DOLORS (*Cariñosa y compasiva*).—No desvaríes, Daniel. Tu madre comprende tu dolor y lo comparte contigo. ¡Si rasgando mis entrañas llegara á ti la luz... las rasgaría...!

DANIEL (*Abrazándola*).—¡Perdón, madre! Ya sé que te tengo á ti á mi lado, que eres el dolor y el querer hechos carne... Ah! si todas las mujeres fueran como tú... Pero, no; tampoco quiero eso... Sería horrible que todas hubieran de pasar por tu calvario de amores y de penas... Oye, madre: hoy desvarío porque quisiera arrancar de aquí... (*dándose con el puño en la frente*) las raíces invisibles de algo que quiere llegar á los senos hondos del pensamiento y arraigar allí donde se esconden la duda y el odio, la fe y el amor...

DOLORS.—No te exaltes, hijo del alma. Dejemos hoy la lectura de este libro que trae á tu memoria recuerdos cruentos, ideas de dolor...

DANIEL.—No, no, madre: sigue. Lee en ese libro, maravilla de ternura y de amor humanos. Ojalá evocando mis desdichas ahuyente y olvide el dolor ajeno; porque yo quisiera ignorar que otros seres sufren más que el pobre ciego; y sin esperanza viven y mueren viviendo su martirio... (MIRA fijamente á VALENTINA. Esta con rápida ojeada contempla á DANIEL y hunde la cabeza en la costura). Sigue, sigue, madre. Lee, lee...

DOLORS (*Leyendo*).—"Yo he sentido antes esto en alguna parte. Me produjo sensación igual á la que sentí al verte, Florentina de mi alma..." (DANIEL se mueve inquieto). "El corazón no me cabía en el pecho: yo quería llorar... lloré mu-

cho y las lágrimas cegaron por un instante mis ojos. Te llamé y no me respondiste... Cuando mis ojos pudieron ver de nuevo, el arco iris había desaparecido..." (*Dejando de leer al notar el desasosiego de su hijo*): No estás bien... ¿Qué tienes, pobre hijo mío? No leeré más

DANIEL.—Sí, madre; tienes razón. No leas más... Te cansas en vano... No oigo lo que lees... Mi pensamiento vuela, piérdese en lejanías lúgubres, goyescas; torna á mí desesperanzado; vuelve á perderse en horizontes macabros... y yo, esclavo suyo, arrastrado por él, le sigo mal de mi grado... me alejo de ti, y no te oigo, madre del alma. Deja ese libro y hablemos de mi hermano que retorna hoy feliz y magnífico como vencedor en los torneos del mitin, mientras aquí morimos todos de tristeza y añoranza... (*Movimiento involuntario, imperceptible casi, de VALENTINA. DOLORS no lo nota. Él ciego parece adivinarlo, porque MIRA á la joven con toda su alma*).

DOLORS.—¡Volando pasaron los días de su ausencia... Hoy ya estará con nosotros!

DANIEL.—¡Madre, no digas eso! A mí me pesaron estos días como un siglo pesa... Nunca sentí tanto estar lejos de él y que él estuviera lejos de nosotros...

VALENTINA (*Con el pensamiento, sin atreverse á mirar á su hermano*).—Parece dirigir á mí los dardos emponzoñados de sus palabras que hieren y lastiman mis carnes y mi corazón. ¿Leerá en las conciencias Daniel, el ciego visionario? Sólo él me da miedo...; parece mi juez, el espectro de mi conciencia... ¡Los demás... (*Hace un gesto de indiferencia*)

DOLORS (*Sonriendo*).—¿Oyes, Valentina? Tenemos inquieto á Daniel, por la tardanza de tu marido... ¡Vamos á sentir celos la esposa y la madre del ausente! (VALENTINA no contesta).

DANIEL.—¡Celos! ¡Qué sabes tú, que has sufrido tanto, lo que es padecer celos y no poder arrancarlos del alma! En el crisol de tus dolores sólo ese faltó... Pero, no es eso. Es, que no sé qué males presiento que van á caer sobre Ramón, yo que siempre confié en él y en los que le aman. Son recelos venidos no sé de dónde; engendrados no sé cómo... pero que anidan ya aquí... (*Se golpea el pecho*).

VALENTINA (*Un poco confusa*).—¡Ramón... es prudente y es animoso! Nada le ocurrió nunca... ¿Va á sucederle ahora?

DANIEL.—Dios te oiga, hermana, y me escuche á mí también. Madre: llévame allá fuera, al jardín... Quiero serenar mi cabeza ardorosa, orear mis candentes pensamientos...

DOLORS.—¿No temes al frío de la tarde, hijo mío?

DANIEL.—¡El frío...! ¡Temo más al infierno de mi corazón! (*Saliendo*). ¿Quién te dice que yo no anhele ya con ansia de enamorado ese "sueño con frío" de que habló el poeta?

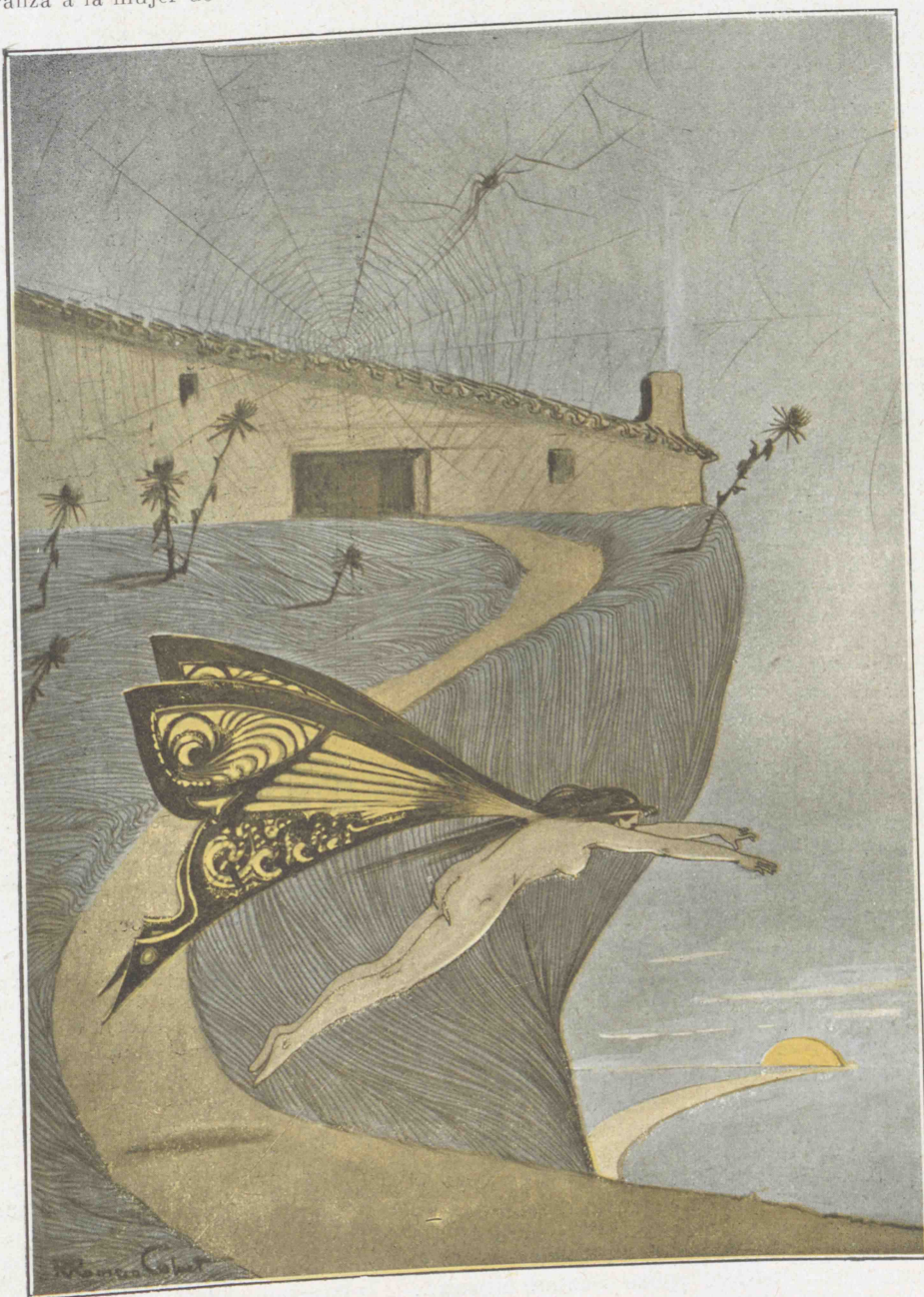
VALENTINA (*Sola; mira recelosa por dónde se fueron y deja presurosamente la costura*).—¡Al fin! (*Suspirando como libre de un peso*). ¡Oh! Tiemblo delante de ese hombre como reo ante el juez... Parece conocer mi secreto y adivinar mi martirio... Su acento suena á reconvencción. Su figura apocalíptica no parece real... ¡Diría yo

que es un espectro acusador que se levanta en mi conciencia para emplazarme airado! El iluso cree que no he adivinado que me ama y sufre tormentos de amor desde antes de su ceguera...; ¡que padece la tortura de amar calladamente y sin esperanza á la mujer de su hermano...! Y el sin ventura me ama con más pasión y más fuego que "mi señor", y por eso mismo adivina mis ansias y ve mi agonía y el ciego es "el otro". No me importa si así es. Nada, nadie me detendrá... A "aquél" no le amo... á "éste", le temo y le odio... La esclava quiere ser libre: á la oruga van á nacerle alas de mariposa y volará batiendo sus alas de colores al sol, aspirando el aire de los campos, bañándose deliciosamente en el espacio libre, inmenso, infinito, oteando sin cesar nuevos horizontes, cambiando de lugar que es cambiar de ideas también (*Pausa*). ¡Quédense aquí las pobrecitas normigas sin alma, que nacieron para caminar con sus patitas al ras de tierra... sin alejarse mucho del hormiguero! ¡Cumplan todos el destino señalado al nacer! Ellos, entre estas cuatro paredes grises, horriblemente grises, como un agujero de topo abierto junto á las márgenes del camino de la vida. Yo, volando por ese alegre camino, mientras tenga alas y fuerzas para volar... ¡Volar! ¡Mi primer vuelo será mi primera dicha! ¡Y yo quiero ser dichosa!

¿Voy á matar la alegría de "ese hombre", á amargar su vida? ¿Se ama á sí mismo, á su

nombre, á su fama, á sus quiméricos sueños más que á mí, más que á los seres que le rodean? ¡Quién sabe! Yo no quiero saberlo ya...

Siendo niña aún, dejé mis muñecas en su camita para subir al lecho nupcial. Todo dormía en mí: ideas y sentimientos, pasiones é ins-



tintos... No sabía aún disponer de mi albedrío... y ni me vendí ni me entregué á él. ¡El me tomó, me hizo su sierva... y cuando supe que era libre tropezaron mis manos con el dogal y la cadena de mi esclavitud! ¡Y qué cárcel, qué vida ésta! En el harém hay tiempo para el deleite y para soñar. Aquí, para nada...; porque las manos que se detienen un instante, mientras la cabeza sueña, tropiezan en seguida con el hambre; "nuestro compañero" estima

más nuestro jornal que nuestros besos.

¡Mi voluntad se rebela contra esta reclusión triste y gris... y sin término! ¡Oh, y si al menos él, el tirano, fuese el elegido de mi corazón...! ¿Al lanzarme en la vorágine tumultuosa de la vida, encontraré el alma gemela y virgen con la cual soñamos todos al nacer á la vida del amor? Sí, encontraré al elegido... que sueña ya conmigo, como yo sueño con él, sin conocernos aún... (*Coge un manto y sin llevarse nada de "la casa pobre", ni siquiera una moneda del jornal ganado por ella, se dispone á salir*).

¡Adiós, pobres gentes! Nunca volveré á veros... Voy á subir muy alto ó á caer muy hondo, ¡quién sabe! ¡pero voy á ser libre, á volar...! ¡Adiós! (*Saca una carta del pecho y la deja sobre la mesa junto al libro que leía DOLORES*). Aquí mi carta, mi adiós brutal y desconsolador, pero necesario, imprescindible...; menos brutal que esta tiranía, menos desconsolador que esta vida... (*Dirigese hacia la puerta del fondo y se detiene en ella mirando las últimas luces del crepúsculo*).

¡Este atardecer será la primera aurora de mi vida! ¡Qué hermoso campo adivinan mis ojos! ¡Cuánta libertad ansía mi alma! ¡El sol de mañana bañará lejos de aquí las alas de la mariposa errabunda...! ¡Día, ven pronto! ¡No tardes, corre, llega, ayúdame, ilumina, nuevo sol, mi espíritu, tras esta noche que se avecina... y dame aliento para volar lejos... muy lejos! (*Sale sin tornar la cabeza y se pierde en el fondo obscuro al que sirve de marco la puerta de "la casa pobre"*). Después de un momento de sepulcral silencio en el que la vida parece suspensa dentro y fuera de la casa, entran DANIEL y DOLORES).

DOLORES (*Que trae abrazado á DANIEL que tiritaba; reconviéndole dulcemente*):—Eres terco y voluntarioso, hijo mío... y yo débil contigo. No es bueno siempre complacer á quienes se ama... ¿Lo ves? El frío te hizo daño; tiemblas...

DANIEL.—No, madre. No es el frío: es el volcán de mi alma. Arde mi cabeza, siento calofríos; hay fuego en todo mi ser... el frío está fuera de mí, en lo que me rodea, en esta casa... ¿No está ella? No la siento... no la adivino... no la oigo... ¿Dime, madre, por qué no está aquí?

DOLORES.—No andaré lejos. La costura está interrumpida... Quizá esté en la habitación ordenándola, con refinamientos de mujer hacendosa, que espera al dueño de su hogar y de su cariño...

DANIEL.—No; ¡sueñas! ¡No está ya! Noté al entrar más frío que en el jardín... soledad glacial... sensación de muerte... Y es que se fué ella, madre...

DOLORES.—¡Deliras, pobre Daniel! Espera... (*Entra por una de las puertas de la derecha y no tarde á salir*). Habrá salido á cualquiera casa vecina...

DANIEL.—No la busques, madre. Se fué, huyó de nosotros... Tú no la encontrarás...

DOLORES.—¿No pudo salir á esperar á tu hermano? Avara de su cariño, quiso seguramente que el primer abrazo de retorno, fuese el suyo...

DANIEL.—¡Ay, madre! También se extiende á ti y ofusca tu entendimiento la ceguera que nubla el de Ramón... engreído por la vanidad, alu-

cinado en su papel de Mesías, de ídolo de las masas, de agitador social... ¡Suprema y ridícula ironía: el único vidente es el pobre ciego de los ojos!

DOLORES.—Nos tratas sin piedad... Eres cruel con nosotros...

DANIEL.—Soy justo. La prueba: esos recelos, aquellos temores que te confiaba allá fuera, son realidad: ¡Valentina no está, huyó!

DOLORES.—No desvaries... Dices locuras...

DANIEL.—"En verdad os digo" que sois ciegos de entendimiento... Oye, madre. Ramón me llevó al teatro una noche. En el centro de la escena un ser razonaba sublimes conceptos. Las gentes que le rodeaban eran unos, dementes de la avaricia, otros, imbéciles de la virtud y malvados del bien que tachaban de loco al único que obraba y juzgaba como un dios. ¡Y claro, nadie le entendía! ¡Ni siquiera los que le amaban! ¿Qué mucho que vosotros no me comprendáis y tachéis mi previsión de delirio, mi razonar de locura?

DOLORES.—Me asustas y me afliges... Hablas á tu madre como el juez al encubridor de una maldad ó al cómplice de un delito...

DANIEL.—Para que lo seas, basta que estés ciega, que no quieras comprender que Valentina lo mismo puede ser la gloria que la condenación de un hombre. ¡De mí haría esa mujer un criminal ó un santo... lo que ella quisiera!

DOLORES.—Vas á lograr que penetre la duda en mi pensamiento... y con ella esos fantasmas hijos de tu poderosa é inactiva imaginación.

DANIEL.—¡Fantasmas! ¡Si yo quiero que lo sean! ¡Si yo deseo con ansia mortal que la luz del nuevo día los desvanezca...! Pero, atiende: Valentina supira y gime cuando está sola... y son sus suspiros hondos y conmovedor su gemir. Valentina escribía hoy; oí el rasguear desasosegado de su pluma sobre el papel que escondió presurosa cuando me acerqué... ¿Por qué suspira y á quién escribe mujer que espera á su dueño esta misma noche?

DOLORES.—¿Escribía? Tal vez á Ramón... ¿Suspiraba? Quizá por su ausencia...

DANIEL.—No; por él no ahogaría sus suspiros de añoranza y escondería de nosotros las sutiles hojas de papel en las que destilaba gota á gota un dolor oculto... Días pasados—aún estaba Ramón entre nosotros—lloró Valentina. Nadie lo notó: ni su marido ni tú; ¡sólo el pobre ciego que ve en las tinieblas! Se llora por un ausente ó por un muerto... ¡El ausente no sé quién podrá ser! ¡El muerto tal vez sea Ramón!

DOLORES (*Sin comprenderlo*).—¿Qué dices? ¡Daniel, no sé si debe oír tus augurios lúgubres una madre!

DANIEL.—Debes escucharme. Fué así: habíais salido todos; entré en su cuarto creyendo que no estaba. Noté su presencia por la luz misteriosa que irradia esa mujer y que no sólo por los ojos llega al alma... Estuvimos callados mucho tiempo, frente á frente... ¡Momento sublime! Le pregunté y tardó á contestar... Su voz decía que estaba llorando. Sereno é impasible, goce unos instantes en su martirio con tal de adquirir la certidumbre de mis sospechas... Compasivo, fuí á salir dejándola sola con su tormento—que sería mayor castigo que mi presencia—y apoyé

la mano en la mesa: sentí la impresión de algo húmedo y tibio bajo mis dedos febriles... ¡Era su pañuelo empapado en llanto! ¡Era la esencia desconocida de su dolor cristalizada en lágrimas! Arrebaté aquel pañuelo y lo guardé aquí, sobre mi corazón: las lágrimas se han evaporado, pero su esencia de martirio está aquí. ¡Oh, palpar el lacrimatorio de esa mujer, besar, sorber su llanto, tocar con mis dedos la esencia de su dolor...! ¿Conoces tú placer más refinado, sensación más exquisita y delicada? Y, yo te lo digo: mujer que así llora y gime es una mártir ó una pecadora... (Pausa). Es preciso que todo esto lo sepa ese pobre ciego del entendimiento, enamorado de sí mismo... Que Ramón sepa por qué llora Valentina y ponga remedio á su mal. ¡Y si él, iluso siempre, no quiere saberlo... quiero saberlo yo! Quiero saber por quién llora... Decídmelo... ¡Que yo lo sepa, que yo lo sepa...!

DOLORES.—Si yo lo supiera no lo sabría Ramón, no lo sabrías tú... ¡Guardaría como siempre toda la amargura de la copa para mí! ¿Daniel, hijo mío, ves? Ya desvarío yo también: tu locura es contagiosa. Sé bueno; resignate á tu destino de mártir; aleja de tu mente esos fantasmas ilusorios...

DANIEL (Sentándose, abatido, junto á la mesa).—¡Ilusorios! Si lo fueran no tendría aquí este infierno que quema y consume mi ser. Pero si tú no lo ves, si tú no sientes el peligro... yo lo temo, porque lo adivino cerca de mí, me atrae y lo toco... (Agitando sus manos temblorosas toca el libro y la carta que sobre él dejó Valentina; se estremece y exclama): ¡Aquí está! ¿Lo ves? ¿Era quimera? ¿Soñaba el ciego? (Cogiendo la carta). Arde el sutil papel... y da calofríos á mi mano...

DOLORES.—¿Pero qué es, qué puede ser?

DANIEL.—Lo que escribió Valentina con lágrimas: su dolor ó su pecado; su martirio ó su delito. ¡Tú no lo ves porque eres ciega! Abrela... Da luz, madre... (Dolores da vuelta á una llave y brilla con luz angustiosa una bombilla eléctrica que pende de un cordón, sobre la máquina de coser de Valentina). Lee ese papel antes de que venga él... Quiero recibir yo el golpe y que embotada la afilada hoja en mis carnes, le hiera sólo de rechazo...

DOLORES (Se acerca con el ciego á la luz y toma la carta).—¡Tiembla mi mano al tocarla...!

DANIEL.—Es que ya comienzas á ver... Es que la tocas á ella... Es que nos ha dejado algo de su alma en ese papel, como en este pañuelo mojado en lágrimas...

DOLORES (Dudando).—Va dirigida á Ramón...

DANIEL.—¡No importa! Abrela y lee; ¡te lo mando yo! ¿Qué dirá que no pueda decirse cara á cara, frente á frente?

DOLORES (Que ha comenzado á leer, da un grito espantoso y cae al suelo desvanecida).—¡Ah! ¡Pobre... hijo mío!

DANIEL.—¡Madre, madre! ¿Qué tienes? ¿Qué es eso? ¿Dónde estás? (Buscándola á tientas, se inclina, coge á la anciana y aprieta su cabeza contra su pecho. Acariaciéndola:). ¡Madre, madre! ¡No contesta! ¡Socorro, auxilio! ¡Ramón, Ramón! ¿Dónde estás que no vienes?

RAMÓN (Entrando presuroso).—¿Qué? ¿Daniel! ¡Madre! ¿Qué ocurre? ¿Qué es esto? ¿Muerta? ¿Quién la ha matado?

DANIEL.—¡Su ceguera!

RAMÓN (Reparando en el papel que aprieta con sus dedos agarrotados la anciana).—¿Qué es esto... este papel?

DANIEL.—¿No lo sabes? ¡El rayo que deslumbró y mató!

JORNADA SEGUNDA

DANIEL.—UN PERRAZO NEGRO

DANIEL.—(Camina á lo largo del camino que conduce de la fábrica á la ciudad. Comienza la noche á tender su manto de misterio sobre las fértiles huertas en cuyas dormidas entrañas germina la vida. Por el fondo de las acequias corre el agua fecundante que refleja la luz de las primeras estrellas que parpadean sobre un cielo terso y bruñido. En Occidente queda una débil claridad, última huella de un día esplendoroso, que va extinguiéndose tras la línea sinuosa de los cerros lejanos. Hacia aquella claridad camina el ciego, confundido con los grupos de obreros que de la fábrica van á la ciudad. Su paso es seguro; con un cayado se guía. Reza cuando el camino es llano; silba una blasfemia ó escupe una maldición cuando un traspies ó un bache le irritan).

¡No la ama! ¡No la amó nunca! La poseyó como el macho posee á la hembra...; acaso con menos pudor que los irracionales en la selva virgen...; ¡sin que el alma estuviera presente en sus nupcias! ¡No tiene corazón! ¡No la ama como yo: buena ó mala! Más, cuanto más huye de mí...; más, cuanto más solos nos deja á la anciana enferma, al tribuno envidiado, al pobre ciego que la adora con íntima y secreta adoración... (Llora y se enjuga con el revés de la mano los ojos).

¡Ah! Volvió en sí la pobre madre; dijo el doctor que era un desvanecimiento pasajero, sin peligro ninguno; la dejamos sosegada y tranquila al cuidado de unas vecinas... y nos encerramos Ramón y yo para leer la carta maldita. Y ante nuestra gran desdicha, no tuvo otro comentario para la cobarde fuga, que estas palabras: "¡Daniel, el día de mi mayor triunfo es también el de mi más grande vergüenza! ¡La mala hembra que hace eso con un hombre como yo, no vale una maldición! Libre es; libre soy yo. ¿Ella rompe nuestra unión? ¡No seré yo quien corra tras de una mala mujer!" Desconsolado, al ver que se resignaba con su infortunio, le insté para que fuéramos en su busca, para telegrafiar á todas las ciudades del mundo... "Yo olfatearé su rastro—le dije,—yo adivinaré sus huellas en el polvo del camino y en la obscuridad de la noche... y te llevaré á ella. Toma mi mano: el ciego te guiará; él sabrá encontrar la estela de su paso por la tierra. Vamos; aún es tiempo; quizá mañana sea tarde. ¡Hoy, aún podemos salvarla...! Mañana, mañana... quién sabe



si será preciso remover el fango para encontrarla...!" Tornó á decirme que la mala hembra no valía la pena de que un hombre honrado corriera tras ella y que Valentina no merecía una maldición. ¡Una maldición! ¡Qué sabes tú, pobre hermano sin alma, sin amor, lo que es querer, sufrir y maldecir! ¡Valentina no vale una maldición! ¡Tú no vales el trabajo de enjugar tus lágrimas femeniles! ¡Adiós, adiós, pobres ciegos del espíritu! ¡Yo solo, pobre y ciego, correré tras ella, amándola y maldiciéndola! ¡Yo solo voy en su busca y la encontraré...; no sé cuándo; no sé dónde...; pero la encontraré! Mi corazón adivinará el camino y lo seguirá sin fatiga, sin desmayos... ¡Adiós, pobres ciegos del espíritu, adiós!

(Camina apoyándose en su palo y levanta la cabeza al cielo, como un iluminado. Pasa el último grupo de trabajadores por su lado y queda solo en medio del camino. Un perro negro, que viene olfateando su rastro, le alcanza, caracolea y salta en torno suyo, gruñe cariñosamente y se restrega contra él. Daniel le acaricia, le llama; ve en él un compañero útil en la larga é interminable jornada que comienza y avanza guiado por el can).

¡Ah! Te había olvidado, pobre animal... ¡Tú no quieres quedarte con los pobres ciegos del alma...! Quieres seguir á tu amo en su peregrinación... tras ella. Vamos; ven junto á mí... Tú también lo dejas todo, como yo... ¡Ven, camina; guíame y te guiaré...! *(El perro le mira como si comprendiera el monólogo del ciego, y amo y lazarrillo, unidos y confortados por súbita y honrada simpatía siguen su marcha. Diríase que ambos caminan tras el mismo objeto... Los dos se pierden en la obscura soledad de la noche).*

JORNADA TERCERA

LEA ROVETTI: cantante célebre y hermosísima.
EL MARQUÉS DE VALDELAZOR: noble prócer; romántico "cruzado de la causa".
EL ESPECTRO.

COMPARSAS Y FIGURANTES, sin relieve alguno.

Cae la tarde. Una faja carminosa y violácea crece y se ensancha por Oriente sobre las aguas de indefinible azul: un poeta diría que aquella luz carmínea es la aurora de la noche. Las brisas mueven las aguas en rizado oleaje y olean el ambiente cálido. Aquí, junto á la playa, calma suprema. Allá, en la inquieta ciudad, rumores de gente que se divierte, acordes de músicas, destellos de luces que comienzan á encenderse en el lejano caserío y entre el follaje de jardines y alamedas.

Es la hora de los ensueños y de las apariciones; la hora propicia para amar y para morir.

Entra por soberbio puente de piedra á la Zurriola un landó. Tendida en sus cojines perezosamente, Lea Rovetti, la hermosa cantante, piensa en su pasado obscuro, se deja llevar por su presente fastuoso y quizá no medita su encantadora cabecita romántica sobre lo porvenir...

Aquella misma noche canta en el Gran Casino, y como siempre, sus pies caminarán sobre alfombras de rosas y la galantería y la lisonja

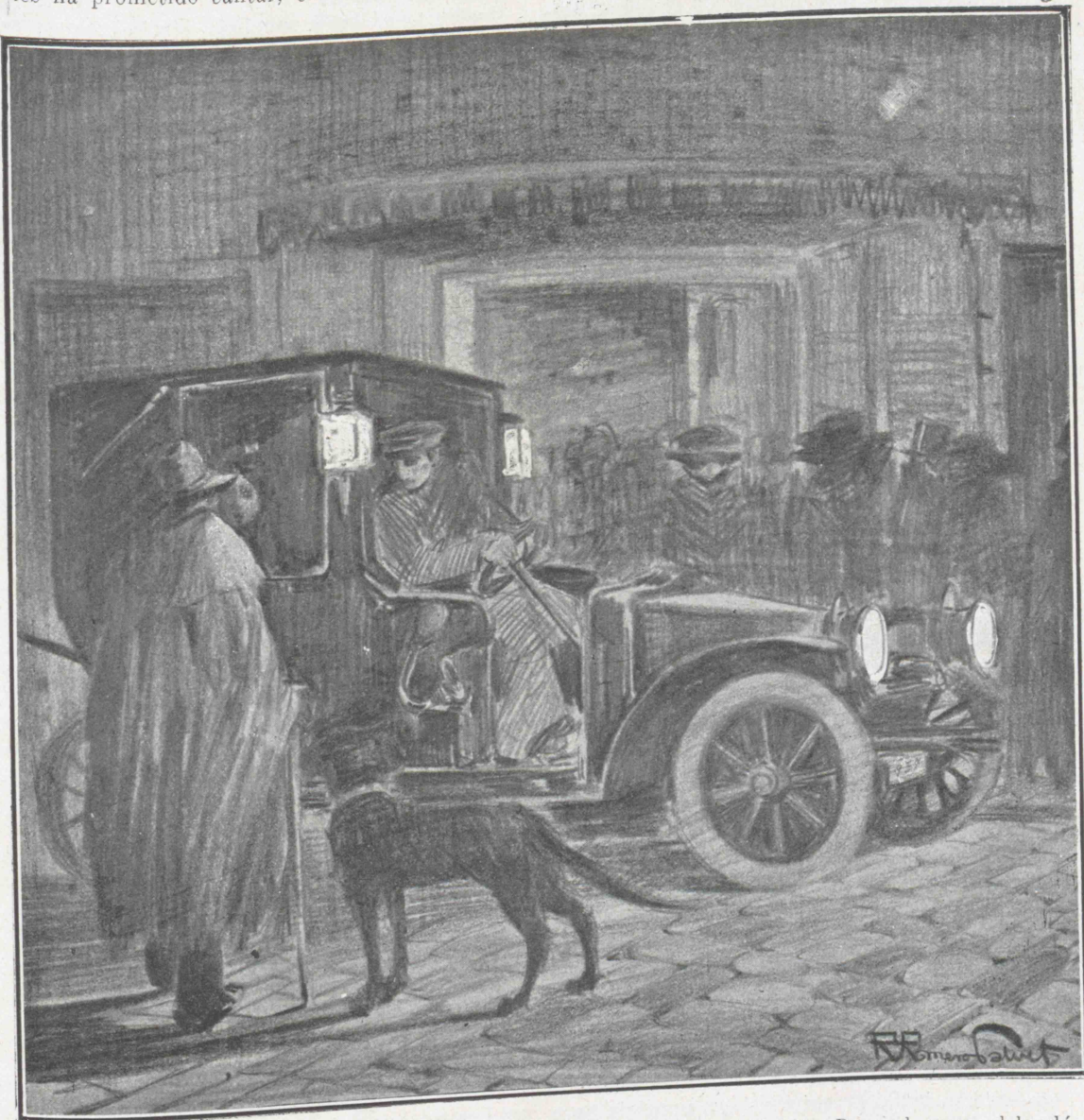
pondrán asedio á la divina fortaleza de su pecho.

El concierto es íntimo. La casualidad, esa gran zureidora de voluntades y Celestina nunca bien pagada, ha reunido en San Sebastián á muchos admiradores de la Rovetti, de París, de Viena, de San Petersburgo, de Milán... y Lea les ha prometido cantar, en íntima sesión, los

—¿Qué ocurre, Manuel?

Su voz dulcísima, como arrullo de ruiseñor enamorado suena en la quietud de la tarde... y el mendigo se yergue y transfigura sobre el polvo del camino al llegar á su oído aquel eco de arpa eolia.

Al verle Lea, se estremece y ordena al auriga que arree á escape. Este desvía á los brutos y



fragmentos más inspirados de sus óperas predilectas...

Va á decir al cochero que avive el paso de los fogosos brutos al mismo tiempo que éste los refrena y grita ásperamente:

—¡Eh! ¡Buen hombre... aparte!—y el landó se detiene para no arrollar á un mendigo astroso y polvoriento que empuñando un palo y seguido de un perro negro, parece clavado como un espantajo en el centro del paseo.

La Rovetti echa el busto fuera y pregunta, en correcto castellano con ligero acento extranjero:

sale como un huracán... Pero al pasar el landó, rozando casi á aquel espectro humano, la Rovetti se cubre el rostro con las manos y huye aterrorizada al extremo opuesto del carruaje, murmurando:

—¡El! ¡El Espectro ma'dito! ¡Mi fatalidad! ¿Dios mío, qué males me amenazan hoy?

Como si contestara á su pregunta, el Espectro silba la frase horrible:

—¡Ah! ¡La mala hembra!

Lea se tapa los oídos y el siniestro espantajo queda solo, clavado en mitad de' camino, con sus ojos cuajados, muertos, abiertos desmesura-

damente, silbando la misma amenaza que en Madrid, en París, en Niza, en Florencia le echó al rostro en claro castellano, en francés chapurrado, en italiano macarrónico. Lea huye; pero vibra aún como un trallazo brutal en sus oídos aquella frase, cuando ya el Espectro se ha fundido en la sombra y desvanecido en la imaginación de la supersticiosa artista...

La primera vez que tropezó con él fué en Madrid... Salía del ensayo del Real; al ir á subir á su automóvil se atravesó á su paso tendiéndole la mano... Lea, compasiva, le hizo la doble merced de su oro y de su voz maravillosa y quiso detenerla, hablarla; ella escapó y entre los roncós trompetazos de la bocina de su automóvil silbó por primera vez en el aire la terrible maldición:

—¡Ah! ¡La mala hembra!

Y Lea huía de aquella voz apocalíptica, formidable, pavorosa como la de Jehová en la zarza ardiente. Y cada vez que se cruzaba en su senda florida aquel Espectro andante, cada vez que hería su oído aquel trallazo brutal:—“¡Ah! ¡La mala hembra!” le ocurría una desgracia irreparable: en Madrid una afonía súbita le obligó á rescindir su contrato y retrasó dos años su triunfo en la escena del Teatro Real; en Milán un automóvil destrozó á su secretario, que sobrevivió pocas horas al horroroso accidente; en París su doncella de confianza—que había llegado á ser su secretario, su profesora de francés y de quien aprendió las maneras de las grandes damas, de quien Lisette fué confidente—huyó con el *chauffeur* llevándose joyas y vestidos de la señora con los que “tiró” hasta Montecarlo donde atrapó á un amante de campanillas dejando al *chauffeur* viendo visiones. De aquella pérdida no se consoló nunca la Rovetti...

—¿Qué desgracia me ocurrirá hoy, Dios mío?—va pensando Lea, supersticiosa como buena meridional, como los toreros, los gitanos, los cantantes y los autores dramáticos.—Este encuentro me ha sido siempre fatal... en España, en el extranjero, dondequiera que fui y se cruzó en mi camino. ¿Por qué, Dios santo? ¿Por qué ese hombre es el nuncio de mi desgracia? ¿Es siempre el mismo... es el mismo ser... ó es alucinación de mis sentidos, el espectro de aquel hombre terrible de Madrid que llegó á atenazar mi mano, y se levanta en mi imaginación y en mi conciencia, como condensación de todo mi pasado en un fantasma? ¿Han de ser “él”, mi “Espectro”, todos los mendigos que me tienden la mano?—Y Lea tiembla acurrucada en los cojines de su landó en aquella hora propicia para los ensueños y las apariciones, para amar y para morir.

Llega al Gran Casino. Las luces y el bullicio de la ciudad no han logrado desvanecer las sombras que danzan en su imaginación creadora. Baja temblando del landó en el vestíbulo de carruajes y flaquean sus piernas al ascender por la gran escalera de honor rodeada de sus amigos, pequeña corte de amor que la sigue avara de sus miradas y de sus sonrisas...

No acaba de subir la escalinata... El director de la orquesta, compañero de *tournee* artística de la Rovetti, sale á su encuentro con rara ex-

presión de idiotismo en su rostro simpático.

—Lea... querida artista... acaban de llamar por teléfono... de decirme... No creo que sea cosa de cuidado... pero la llaman á usted con urgencia...

—¡Dios mío, alguna desgracia seguramente...! ¡Lo esperaba... hoy es el día fatal...! ¿Quién me llama?

—La doncella, Jeannette...

—¿Pero qué ocurre?—y como nadie le contesta y en la expresión de imbecilidad del pobre músico ve una carátula trágica ocultadora de una tragedia real, ingenua siempre, exclama apoyándose desfallecida en el amigo que le da el brazo:

—¡Una gran desdicha! ¡Sí... el Espectro me lo anunció! ¡No falta á la cita cuando me amenaza algún mal...!

—No se sobresalte usted...—ataja el músico, más muerto que vivo;—no es nada... un accidente imprevisto.

—¿Pero qué... á quién?—grita Lea, ansiosa.

—El señor marqués...

—¿Qué? Acabe usted... ¿Ha muerto?

—¡Todavía no!—se le escapa decir al atribulado artista.

—¡Oh! ¿Pero qué ha ocurrido? Vamos, señores, vamos... perdón...; pero esta incertidumbre es desesperadora...—y comienza á descender la escalera rodeada de su corte que no la abandona en aquel momento de indefinible amargura y la consuela de una desgracia no conocida todavía.

Al llegar al vestíbulo aumenta su zozobra. Junto á su landó se detiene otro carruaje y de él bajan un caballero y algunos policías... El primero se dirige á la cantante, hermosa como una Magdalena clásica en su aflicción:

—¡Oh, por favor...! ¡Esta señora que no vaya á la fonda...! La desgracia es irreparable... Debemos evitarle, señores, el horror de aquel espectáculo...

—¡Sáquenme de mi ansiedad... por Dios... qué ha pasado... qué le ha ocurrido á Valdelazor!—gime, deseando y temiendo la cruel verdad que se cierne sobre su cabeza.

—Tranquícese la señora...—dice el agente para consolarla.—Afortunadamente lo ocurrido no la compromete nada... Esté tranquila la señora... Aparte lo que sus afectos...

—Díganme la verdad, toda la horrible verdad... Todo es peor que esta incertidumbre...

—Pues... está curado ya de primera intención, el señor marqués...; pero se ignora si ha sido un accidente fortuito ó... un suicidio...

Lea no oye más... Pierde el sentido, cae; la llevan en volandas á un salón del Casino donde le prestan todos los cuidados que su estado nervioso exige; y recobrando el conocimiento sin aparato teatral ninguno—en honor de la verdad, lo estampa el cronista—y más sosegada, sabe la verdad, toda la verdad, al llegar desolada Jeannette, su doncella, testigo presencial casi del hecho cruento.

El marqués de Valdelazor, con quien viaja la Rovetti, acaba de suicidarse en el cuarto de la fonda, que ocupa al lado del de su amante y que comunica con él por una puerta de escape. Poco después de salir Lea, citándose con el marqués

en el Gran Casino á la hora del concierto, pide el prócer agua para el baño; enciérrese con doble llave en su habitación, escribe tres cartas, y media hora después se oye la detonación. Llama desesperadamente la animosa Jeannette á la puerta de escape... y no contestando el marqués, sale pidiendo auxilio á tiempo que fondistas y huéspedes acuden sobresaltados... Señala la doncella la habitación de Valdelazor, muda de espanto, recelosa de la tragedia que allí ha ocurrido y nadie se atreve á forzar la puerta hasta que llega la policía.

Esta encuentra al prócer envuelto en un traje de baño, sentado en un sillón, empuñando aún en la caída diestra el arma con la que se dió la muerte. La noble frente aparece chamuscada por el fogonazo y en el centro de él ancha y roja herida dice que por allí entró la muerte y salió la vida...

Tres cartas que se encuentran sobre la mesa-escritorio del marqués demuestran que tenía meditada su loca resolución. Son para el juez, para sus parientes y para Lea. La de ésta es la más sentida: "¡Has sido el más grande amor de mi vida; el único ser por quien siento dejar la tierra!"

Entonces sabe la artista que Valdelazor estaba arruinado. No era ella ciertamente la causa de su ruina... ella que jamás vivió á costa de sus amantes. El noble caballero era un romántico cruzado de la causa legitimista y su gran fortuna se desmoronó en sus manos, como torre de arena: los sacrificios que por el triunfo de sus ideales hacía el marqués eran enormes y sin cuento. Aquel su veraneo famoso con la Rovetti fué el último destello del astro que se apagaba en un ocaso trágico. Juega y pierde su último puñado de pesetas... aleja de su lado á su amante en aquella hora suprema, para evitarle el horror de su agonía, y á la misma hora en que el Espectro se le aparece á Lea, el último Valdelazor interrumpe el curso de sus días en el cuarto de una fonda, que al día siguiente no hubiera podido pagar...

Lea cae enferma. En su delirio dice:

—¡Miradle... es él... El Espectro! Me acosa con saña... persigue á los que me aman... quiere robarme todos los corazones queridos... ¡El, él buso el arma en la mano del marqués...!

Apenas su enfermedad y las dolorosas diligencias judiciales la dejan libre, Lea toma el tren y sola, con su doncella, sin despedirse de nadie, huye de la hermosa ciudad como de un remordimiento.

Cuando llega á Milán, aún ve ante sus ojos el Espectro fatídico, clavado en su camino, desafiándola con la mirada muerta de sus ojos cuajados y desmesuradamente abiertos... ¡junto á él un perrazo negro cuyos ojos fosforescen como ascuas... y vibrando en el aire, el restallido de una maldición que le cruza el rostro como brutal trallazo:

—¡Ah! ¡La mala hembra!

JORNADA CUARTA

Nuestra amiga, LEA ROVETTI.—LISETTE.

LEONE LEONI, tenor famoso; último amor de LEA.

EL ESPECTRO.—CÓMICOS Y DANZANTES de menor cuantía.

Pasan algunos años sin que á los ojos de Lea torne á aparecer el fatídico Espectro... Huye de España y de Europa y acepta ventajosísimos contratos en América, El Brasil, Uruguay, la Argentina, Chile, Perú y la América central; singularmente Méjico y la Habana fueron testigo y teatro de sus triunfos escénicos y amorosos. ¡Amor y arte! Sacerdotisa de estas dos religiones, ni un solo día, ni un solo momento deja de llevar su ofrenda á los dos altares que lleva en el alma... En todos los escenarios deja una estela de flores y vítores; en todas las ciudades vírgenes que visita, queda un grato "rumor de besos y latir de alas" que tarda en extinguirse y olvidarse.

En la Habana un travieso periodista, flor y nata del moderno reporterismo, quiere dar una nota sensacional en su periódico, levantando un poco la punta del velo misterioso que rodea la vida íntima de la artista. Y el audaz folclórico escribe:

"Lea Rovetti, la artista sin par, la diosa de la belleza, Afrodita hecha carne, no es italiana sino una española neta que por azares de la suerte recorre el mundo recogiendo gran fortuna. ¡gran fortuna! ¡gran fortuna! ¡gran fortuna! que su padre natural, un prócer ilustre, el difunto marqués de Valdelazor disipó, tomando en serio su romántica *particella* de cruzado de la causa... sosteniendo diarios sin suscriptores; favoreciendo intentonas desdichadas de guerra civil; comprando armamentos que se evaporaban ó eran enterrados en las criptas de los conventos ó al pie de los altares, enmoheciéndose allí por los siglos de los siglos... El apellido *Rovetti* es el del maestro, padrino y mentor afortunado de la hermosa cantante. El nombre de *Lea* escogido al azar. Debemos reivindicar para la madre España esa gloria legítima del arte y pedir á la ilustre descendiente de los Valdelazor que arroje al olvido ese vulgar *Rovetti*, máscara insignificante con que encubre, con mal entendido concepto del honor, un apellido español por los cuatro costados y que ya era ilustre en las Navas de Tolosa y en San Quintín... La artista insigne y noble dama, perdonará nuestra indiscreción, en gracia al rendido homenaje y cortés pleitesía que desde estas columnas tributamos á su belleza, á su talento y á su noble estirpe..." y firma el bueno del cronista: "Véritas".

El pobre muchacho cree que acaba de poner una pica en las Navas de Tolosa y estropea la combinación del empresario de Lea Rovetti. El buen señor pone delante de la cantante una es-

crítura en blanco; pero ella acaba de leer la crónica famosa, rehúsa cantar un día más en la Habana y sale de la isla furiosa contra aquel y todos los gacetilleros del mundo...

A punto de embarcar para la vieja Europa, á la que le atrae su amor de hija pródiga, le entregan un cablegrama.

—¡Ah! Buenas nuevas vienen de la madre patria... Me lo dice el corazón...—y el simpático papel le confirma la corazonada. Es la cuarta oferta que le hacen invitándola á regresar á Europa, poniendo á sus pies un río de oro por una *tournee* artística por Inglaterra y Norte de Europa con el célebre tenor Leone Leoni: ¡diez mil francos por función; automóvil, fonda y viajes pagados! Manda contestar á aquél con otro cablegrama aceptando la oferta y alegre como un pájaro se embarca con rumbo á la añorada patria.

—¡París, Viena, Bruselas, Montecarlo, Florencia, Nápoles, Venecia... veros otra vez, besar vuestro suelo adorado, rezar en vuestras viejas catedrales, amar en vuestros jardines, cantar en vuestros teatros y salones... y después morir...! ¡Jeannette...!—dice á su doncella el primer día de travesía, mirando anhelosa á la línea del horizonte adonde dirige su proa el transatlántico:—¡Jeannette... tienes deseos de ver otra vez el *boulevard*, el Sena, el Bosque, los Campos...?

Y Jeannette suspira, abraza á su señora y al besar su mano Lea advierte que la mojan lágrimas de agradecimiento.

Retorna cansada, ahita de placeres y con una fortuna girada á los bancos de Londres y de París... ¡Amor y ~~muerte~~! Esta su divisa la enarboló como una enseña gloriosa por todo el

Nuevo Mundo... Amó y cantó, poniendo su alma en sus canciones y en sus besos. No quedó tras ella ninguna boca sedienta de amores; ningún alma que no afirmara que ya sabía cómo cantaban los ángeles. Fueron esclavos suyos artistas y diplomáticos, jefes de estado y agitadores de profesión. Embajadores besaban la orla de su túnica; generales ponían su escudo á los pies de la tiple y la proclamaron reina del amor sobre aquel pavés...

Todas aquellas flores de pasión fueron deshojadas en pocas horas de placer. No encontró, ni entre los indios que acababan de vestir el frac sobre las plumas de su traje primitivo, el hombre soñado, el alma afortunada poseedora de aquella esencia divina del ideal del amor... que no se evapora ni en los momentos en que el hombre cae como bestia humana en el tálamo del placer carnal...

—¡Quizá...—dice, retornando á Europa,—el elegido, el alma gemela de la mfa, la que me amará más allá de la muerte... está allí, tras los mares, esperándome sin conocerme, mientras yo la busco en un mundo virgen... ¡Oh, el corazón me dice que el hombre que con un beso deshoje la virginidad íntima de mi ser y me haga madre... ese será el elegido, mi amor más grande, mi único amor!

Llega... y en Niza, donde ha de organizarse la compañía, le presentan á Leoni el célebre tenor, un mozo bretón—pese á su nombre italianizado,—fuerte y sano; apasionado como ella por el amor y por el arte; con hermosura varonil en el rostro y alma impresionable. Sólo hace dos años que canta y ya ha eclipsado á los más famosos tenores de su tiempo.

Simpatizan, la Rovetti astuta y el inflamable

— arte!



tenor, con encarnizamiento; y tardan en ser amantes lo que tardan en unirse en el primer abrazo teatral delante de un público entusiasta.

—Tercero inconsciente de nuestros amores ha sido esta muchedumbre...—dice Leoni al caer el telón.

—Nuestro amor ha nacido á la luz de las candilejas al darnos un beso... no tan convencional como al arte excelso convenía...—responde la Rovetti.—Es preciso que ese beso nos lo demos á la luz del sol, en el bosque oloroso, junto á la madre tierra fecunda y generosa.

Y el idilio de los dos cantantes, es el eterno idilio paradisíaco que revive en ellos después de haber agitado las almas de Eva, Aspasia, Hero, Cleopatra, Francesca, Lucrecia, Carmen y las de sus amantes.

Y como dos aves sin patria, corren el mundo pasean sus días de gloria y de amor á la luz del padre Sol; repiten el duo de amor de Antonio y Cleopatra en Egipto, junto á las verdosas aguas que reflejan las milenarias pirámides; escriben otra vez la página inmortal de Safo y Faon en Grecia, sin llegar al trágico fin de aquella incierta leyenda; en Roma, evocan á la luz de la luna las glorias de las Agripinas cuyos besos parecen susurrar entre las rotas ruinas que dan sombra al sueño centenario de la Ciudad Eterna; en Pompeya honda y singular emoción les conmueve y nubla su ojos al admirar en una conglomeración de cenizas volcánicas la huella del seno virgen y turgente de una joven pompeyana. —“La muerte, como un estatuario, vació el busto de su víctima en lava ardiente, antes de apagar la vida en aquel seno de diosa”; les dice su *cicerone* sentenciosamente.

Corren las riberas del Rhin, el río que más sangre ha sorbido y más leyendas engendrado. Suten á los Alpes para hollar con sus pies la nieve virgen y hacer su nido de amor junto á los ventisqueros. Bogan en los lagos de Italia y surcan los de Suiza; oyen las leyendas de Escocia y aprenden las baladas irlandesas para cantarlas cuando nadie ha de aplaudirles y ellos solos saboreen poesía tan melancólica entre besos y caricias.

Un día en Brujas la muerte, ciudad de silencio y reposo clásicos, al salir de una iglesia y perderse por sus calles tortuosas cuya quietud no turban carruajes ni automóviles, Lea comunica á Leoni sus temores y su inquietud.

—¡Si viera al Espectro otra vez... moriría de espanto, ahora que soy tan dichosa! ¡Temo perderle... perder tu amor...!

—¿Eres supersticiosa... querida?—responde el tenor abrazándola en la calle solitaria, envolviendo el cuerpo divino de su amada en una larga é intensa caricia.—¡Quimeras... quimeras! ¡No hay más que una verdad: el amor: este amor que nos une y embriaga para toda la vida!

—Es cierto—replica Lea, devolviéndole la caricia con sus grandes y melancólicos ojos negros.—Pero también lo es que esa es la única nube que empaña mi cielo...

—¡Bah! Lea querida... ¿Quién piensa en las nubes de antaño? ¿Por qué no han de ser pro-

ducto de tu fantasía? Ese mendigo... quizá no sea siempre la misma persona... y á los ojos de tu imaginación alucinada...

—¡Oh, no! Estoy bien segura...—y su entrecejo se contrae y por sus mejillas de Pomona corre mortal palidez.—¡Tengo impresa en el alma su cabeza de profeta arrebolada con luegas guedejas; su barba nazarena; sus ojos extáticos, cuajados...; su perrazo negro con ojos de fuego...

—¡Lea, no sueñes más que para amar! Aleja esos temores... Estoy y estaré siempre á tu lado... No temas: si algún día viene el Espectro, yo lo desvaneceré...—y ríe á la luz del sol el buen bretón.

Por la noche solos en su gabinete de la fonda, para disipar sus últimos temores dice el tenor, al oído de Lea:

—El amor, el amor desvanecerá todos los fantasmas y quimeras de tu mente...—y estrecha á la Rovetti contra su pecho varonil, sorbiéndose su aliento y el fuego de su mirada de hechicera del amor.

Alguna vez, los dos amantes huyen del teatro y de los aplausos y se esconden en las playas bretonas junto al escollo donde los padres del tenor tienen una casita blanca, una barca vieja y unas redes remendadas. Las olas azules y espumosas del océano baten día y noche el musgoso escollo y arrullan los amores de Lea Rovetti y Leone.

Y el idilio tiene allí un sabor delicioso y delicioso que en parte alguna tuvo.

—Mi futura esposa... Lea Rovetti—dice el mozo á sus padres; y éstos, sencillos y crédulos aman á Lea como amaron á su hija muerta, Ivonne, gemela del tenor. Lea responde á la estimación de los viejos y á la franca hospitalidad que dan á la prometida de su hijo con un rasgo que llega al alma de los sencillos pescadores.

—Ordeno y mando, como futura ama de casa, que desde mi venida á Bretaña deja de salir al mar este caro viejecillo y de remendar redes esta viejecita de mi alma. La casita la compro yo y es vuestra... y esa barca servirá sólo para pasear Leone y yo por estas costas; por supuesto llevándola como patrón el veterano pescador, para no separarle del todo de su querida la mar. Leone me ayudará á asegurar con una renta vuestra vejez: quiero que sea obra de los dos... No tengo á nadie sobre la tierra y quiero gozar la ilusión de haber encontrado aquí á mis padres...

Leone la abraza conmovido y los viejos llenan sus mejillas de lágrimas al besarla con beatífica pasión.

Pasean una mañana, al nacer el sol, por la playa. El mozo acaba de hacer completa confesión de su vida á Lea y exige á ésta, como buen enamorado, la historia de su pasado, celoso de que alguien haya poseído sus encantos antes que él. La Rovetti ríe como una loca y desvía la plática de aquel escollo peligroso. El insiste y re-

comienza su confesión para obligar á su amante con su sinceridad:

—Mi vida,—dice,—es sencillísima. De la escuela al mar, apenas me quedó tiempo para el amor. Alguna mirada incendiaria preñada de vírgenes deseos... Algún beso robado audazmente en una calleja solitaria, ó entre las rocas de la playa, al huir atropelladamente de la marea... y nada más. Salí de aquí avaro de una fortuna; viví para el arte... y no amé á nadie hasta que caí en tus brazos y ya no fui libre. Tú has gozado toda entera mi virginidad... Goce yo la de tu historia... Si otra fuera mi vida el ingenuo bretón te lo diría aunque por ello dejaras de amarle...

—Por eso mismo no debo referirte la mía. No seas niño... Tómame cual soy; deja muerto mi pasado y sabe que á nadie amé como á ti te amo... y que después de conocerte ya no amaré á otro... ¡Lea Rovetti te lo fía!

—¿Pero qué tiene tu pasado...?

—Agua pasada no mueve molino... of decir en España... Leone; no existe más que el presente... No quieras empañar el nuestro encantador con infantiles antojos...

—Es que te amo tanto, tanto... que tengo celos del viento que mueve tus cabellos y que al aspirarlo agita tu seno...

—Así te quiero yo también... y mi querer tiene tanto del instinto de la fiera como del ensueño de los ángeles... ¡Todo en un mismo beso! No quieras saber más... No quieras perderme... —y astutamente desvía la enojosa plática hacia otras playas y senos de las costas de Citera, donde el dios alado, discreto y prudente, recoge los remos y las velas de su trirreme de oro y confunde con el suavísimo gemir de las olas envidiosas, la música sensual de los suspiros y los besos de los dos hijos de Afrodita.

La Rovetti, previsora y sagaz, mira al porvenir tanto como al presente, recuerda la sentencia del Divino Maestro del Evangelio del Amor: "las dádivas ablandan hasta el corazón de los dioses", y derrama su oro y su cariño en sazón oportuna y lugar propicio. Su nombre es bendecido y ensalzado por las sencillas gentes de mar.

Restaura el altar de la Capilla de la Virgen del Mar, de la que es devota, devotísima, la madre de Leone. Viste á la derrotada imagen con vistosa túnica de seda y rico manto de tisú de plata, y funda una escuela-asilo para los pequeños de los pescadores abandonados mientras las esforzadas bretonas ayudan á sus maridos en las rudas faenas de la playa.

Halagado por el amor que Lea tiene á su aldea, el tenor le dice un día:

—Lea, querida mía... Cualquiera dirá que estás haciendo testamento... tan pródiga de tu oro estás...

—¿Quién sabe... Pero mejor dirías que está edificando su asilo la cantante vagabunda... ahíta de gloria y de placeres...!

—Sabes llegar hasta el corazón de los codi-

ciosos... Eres más estimada que yo por estas gentes... Te adoran todos, hasta los viejos lobos, rivales de mi padre en el mar...—y ríe sin envidia porque él y sólo él es dueño del tesoro de amor y de ternura que guarda aquella misteriosa mujer en su alma.

Al retornar una tarde de su excursión á un islote con el padre de Leone, traen las paneras cargadas de mariscos que son delicada golosina para el paladar de Lea la sensual. Ella misma los ha pescado, ella misma ha separado los que aderezará... La madre Ivonne sale á recibirles anunciándoles una visita inesperada, extraordinaria... Lea se estremece... Corre á la casa de los pescadores y desvanécese los infundados temores de la pobre amante al encontrarse de manos á boca con Lisette, la fugitiva doncella parisiense.

—Con el nombre de *Niní* he corrido todos los altibajos de las costas del Amor... y vuelvo al lado de mi ama, enferma, después de hacer la gran señora unos cuantos meses, rendida de amar al vuelo, asqueada de pasar de mano en mano, rodando cada vez más bajo... No soy mala: la vanidad de los trapos me ha perdido... Ya hay bastante... Ahora un pedazo de pan y un trozo de alfombra para dormir á los pies de la señora... Vine segura de su misericordia... Sólo Lea Rovetti sabe amar y perdonar...

Lea le abre los brazos... Deciden los dos amantes vivir juntos en su casa de París. Tendrán dos doncellas: Jeannette y *Niní*... Esta quiere olvidar su nombre de guerra famoso; pero á Leone le hace gracia aquel diminutivo y por más que hace la traviesa Lisette para recobrar su nombre de pila, ya no oye sino aquel *Niní* sonoro como cascabeleo argentino.

Algunas semanas después Lea dice á su doncella:

—*Niní*... *Niní*... Vas recobrando la salud perdida en las posadas del Amor... Ya tornan los colores á tu cara de muñeca parisiense... Ya no tienes fiebre... ya se borran los cereos morados de tus ojazos... Tú serás Lisette otra vez...

—¿Quién, este diablillo?—interrumpe el enamorado Leone.—Genio y figura... ¡No me fío de estas mariposillas de luz!

—¡Oh, no! Por Dios... no, no—gime la francesita abrazando á su ama y mirando á la lejana con mal disimulada expresión de añoranza.—Aquellos ensueños y locuras están ya lejos... ¡Si al menos *Mimí* hubiese encontrado á su Rodolfo... quién sabe! Pero la gentil *Niní* ya no puede ser más que la humilde Lisette...—Aún le arguye Leone, riendo:

—No desespéres... Donde menos se piensa salta un Rodolfo más ó menos puccinesco...

Y ríen todos. Los viejos bretones socarronamente; no les hace gracia la parisiense; con franca alegría, Lea; enigmático, Leone; *Niní*, tristemente.

Muy amigo de los dos artistas es el cura de la aldehuela bretona, párroco de la Virgen

del Mar, gran apasionado de la arqueología y maestro en crónicas y leyendas bretonas. Con frecuencia les invita á sus excursiones por los bosques y matorrales de la antigua Armónica surcados por riachuelos de orígenes desconocidos y misteriosos, de aguas maravillosas.

—Yo seré vuestro guía en esta región amada, solitaria y borrascosa, cubierta de nieblas, en la cual resuena siempre el rugido del viento como estrofas de una leyenda sin fin... y en cuyas costas erizadas de rocas estrella continuamente sus olas un Océano salvaje...—dice el cura, recordando á sus clásicos.

Y le siguen animosos, dejando atrás fortalezas derruidas, santuarios que se desmoronan; llegan á las chozas de paja donde viven en amable comunidad pastores y rebaños; á los bosques de acebos, grandes como encinas, que les ofrecen sus drupas rojas hinchadas como granos de uva; al bosque sagrado de los celtas, sembrado de piedras drúidicas.

Encarámase el cura ágilmente á uno de aquellos dólmenes, y señalando á una caduca y descortezada encina, cuyas ramas caen soñolientas sobre la cabeza del orador con sueño centenario, dice, prosiguiendo su curso de historia:

—Bajo una de estas encinas cortaba la druidesa el sagrado muérdago con su hoz de oro, y distribuía la planta simbólica entre los celtas al comenzar la asamblea en el arenal, regado con la sangre de dos toros blancos agonizantes, que unían sus mugidos dolorosos al rugir de la tempestad...

Otro día les conduce á los valles habitados por gentes que visten el traje galo y hablan aún la lengua céltica "áspera como el graznido del cuervo", afirma el *cicerone*. Súbeles á las colinas, donde tienen su guarida los campesinos vestidos con pieles de cabra, de cabellos largos y revueltos, que danzan al son de la zampoña y cantan melancólicas levadas, himnos que tal vez conserven la melodía primitiva con que se cantó la independencia, la patria y los dioses de Vercingétorix.

De una de las chozas sale consternada una anciana gala, y se arroja á los pies del cura y de sus acompañantes.

—¡Oh, mi hija, señor, mi hija... muerta... muerta... perdida para siempre esta flor de nuestras montañas!—exclama en su lengua bárbara, que sólo el sacerdote y Leone comprenden. Habla la mujer y cuenta su desdicha:

"Su hija amaba á un joven campesino. Rivalidad centenaria que baja de padres á hijos, se oponía á la boda... La locura pierde á los dos jóvenes... ¡Ella le entrega á él la flor de su virginidad! Ni al verla en cinta se ablandaron los fieros bretones; entonces más que nunca opónense á la boda... y la gentil niña, ante su inútil deshonra, se clava una hoz en el pecho y muere, emplazando á su amado más allá de la muerte, donde no hay odios ni rencores..."

Lea teje una guirnalda de flores silvestres, blancas, azules y rosadas, besa la frente de cera de la muerta, y la corona con las olorosas guirnaldas. Los tres van en la triste comitiva... Lle-



gan al lugar donde va á ser enterrada la infeliz doncella... El cura reza las preces... Lloran todos tan gran infortunio y la hermosa juventud perdida para el trabajo, para el bien, para un hogar honrado. Echan tierra sobre ella, y Lea y Leone, conmovidos, llenos sus ojos de lágrimas, deshojan y esparcen flores sobre el túmulo que señala á los hombres la cruel tragedia...

Lea pregunta por el enamorado mozo causa del trágico fin de la niña bretona: le dicen que ha huído, loco de dolor, jurando no tornar más á aquellos lugares... Antes de partir la artista promete á la madre de la infortunada doncella enviar unas piedras labradas que perpetúen la memoria de aquella víctima del amor, y señalar á las gentes del lugar donde duerme su frío sueño...

Lánguidamente apoyada en el brazo de Leone, y precedidos por su amigo el cura, bajan á los bosques de castaños y encinas. Junto á las piedras drúidicas y hollando los arenales cubiertos de musgos y helechos, ondeando sus blancas guedejas al viento y brillando fuego desconocido en sus ojillos azules, el arqueólogo distrae á sus amigos de la tristeza que dejó en su ánimo el novelesco episodio que acaban de vivir, con pormenores realistas imborrables.

Lea y su amigo oyen al cantor de las viejas glorias bretonas, y les parece adivinar en su acento la añoranza de las pasadas edades, el amor á los dioses y á la fiera independencia celta... y por un momento el sacerdote cristiano les comunica la visión del druida galo, excitando á sus hermanos contra el César invasor, pronunciando la fórmula sagrada de los sacrificios de la religión primitiva...

Esta visión pagana se reproduce más tarde. El cura-druida y andariego les dice:

—Hoy subiremos á un santuario que nos recordará á través de las centurias, las costumbres paganas, al parecer extinguidas. Un viajero francés narró su visita á la capilla de Nuestra Señora del Odio... y sus lectores se sonrieron. Usted no sonreirá burlonamente, porque con sus ojos verá lo que muchos tuvieron por fantasía de aquel escritor—dice á Lea.

Y suben al acantilado que sostiene la pequeña capilla, y se arrodillan á los pies de Nuestra Señora del Odio... El arqueólogo abre la cátedra:

—Aquí vienen las gentes supersticiosas en noches tempestuosas á invocar el poder de esta imagen, que debe de ser reminiscencia ó transformación popular de alguna feroz divinidad celta... quizá de Tentates, el dios de la guerra... más bien del terrible Tann! Aquí reza la esposa adúltera y pide á la Virgen la muerte del marido odiado: el hijo, la muerte del padre avaro; la madre, el trágico fin de la hija prostituida; el hermano, el del predilecto de los padres; la enamorada la muerte de su hermosa rival... El altar es una piedra... Ved... ¿Será tal vez el dolmen primitivo sobre el cual se hacían los sacrificios humanos al guerrero Tentates y al sanguinario Tann, dios del fuego y del rayo? ¡Quién sabe... quién sabe! ¡Cuando pienso en esta posibilidad... se me erizan los cabellos!

Desde aquel día, Lea sube algunas tardes á

la capillita de Nuestra Señora del Odio, encajada sobre los escollos donde las olas se desrizan en espumas... Hurta algunos minutos á su idilio, interrumpe su canción apasionada, y dedica aquellos instantes á su odio... Algo nuevo germina en ella, en su pensamiento y en sus entrañas... y Lea, que tanto amó, comienza á odiar con odio feroz de druidesa, que sabe segar el muérdago sagrado y la garganta de sus enemigos con un solo golpe de su hoz de oro... Y encamina aquel sentimiento á un solo punto de su vida, y lo incuba con amor salvaje para que la ayude y la acorra en los momentos trágicos de su existencia.

Llegan á París aquel otoño, y allí reciben la nueva de que les esperan en Ruan, donde comienza la *tournee* otra vez. Corren á la romántica ciudad que guarda el "corazón de león" de Ricardo, el rey que tanto amó á los normandos. Allí han de cantar *Los Hugonotes*, la ópera que siempre rehuyó cantar la Rovetti; y por primera vez vence su superstición y acepta por Leone, quizá por alguien más, la parte de Valentina, la apasionada de Raúl de Naugy. Leone da anima:

—Es "mi ópera". Precisamente la que más nombre me dió. Quiero cantar contigo el trágico dúo del cuarto acto... Serás una Valentina sin rival...—Lea al oír este nombre en labios del tenor se estremece involuntariamente. —Juntos estudiaremos el dúo; el piano será nuestro guía y nuestro confidente; y Raúl y Valentina seguirán aprendiendo idilios de amor hasta en las páginas heroicas de las luchas de hugonotes y católicos...

—¡Serás mi maestro en arte y en amor... siempre!—y la hija del católico Saint-Bris y Raúl el luterano, afirman por el arte y por el amor la unión de dos corazones románticos, que parecen indestructibles.

Lisette sorpréndelos dando lección; y como ellos no saben, ni pueden, ni quieren separar el amor del arte, que en esencia es la misma esencia... las lecturas de Meyerbeer, acaban en recital de amor, y Lisette se retira prudentemente, roja como una guinda, cuando Raúl de Naugy dice á Valentina comiéndosela á besos:

*Dillo ancor—di'che m'ami
Qual fulgor irradiava il mio cor...*

y la esposa del galante Nevers responde irónicamente con un abrazo que funde sus almas y sus deseos en un solo espasmo:

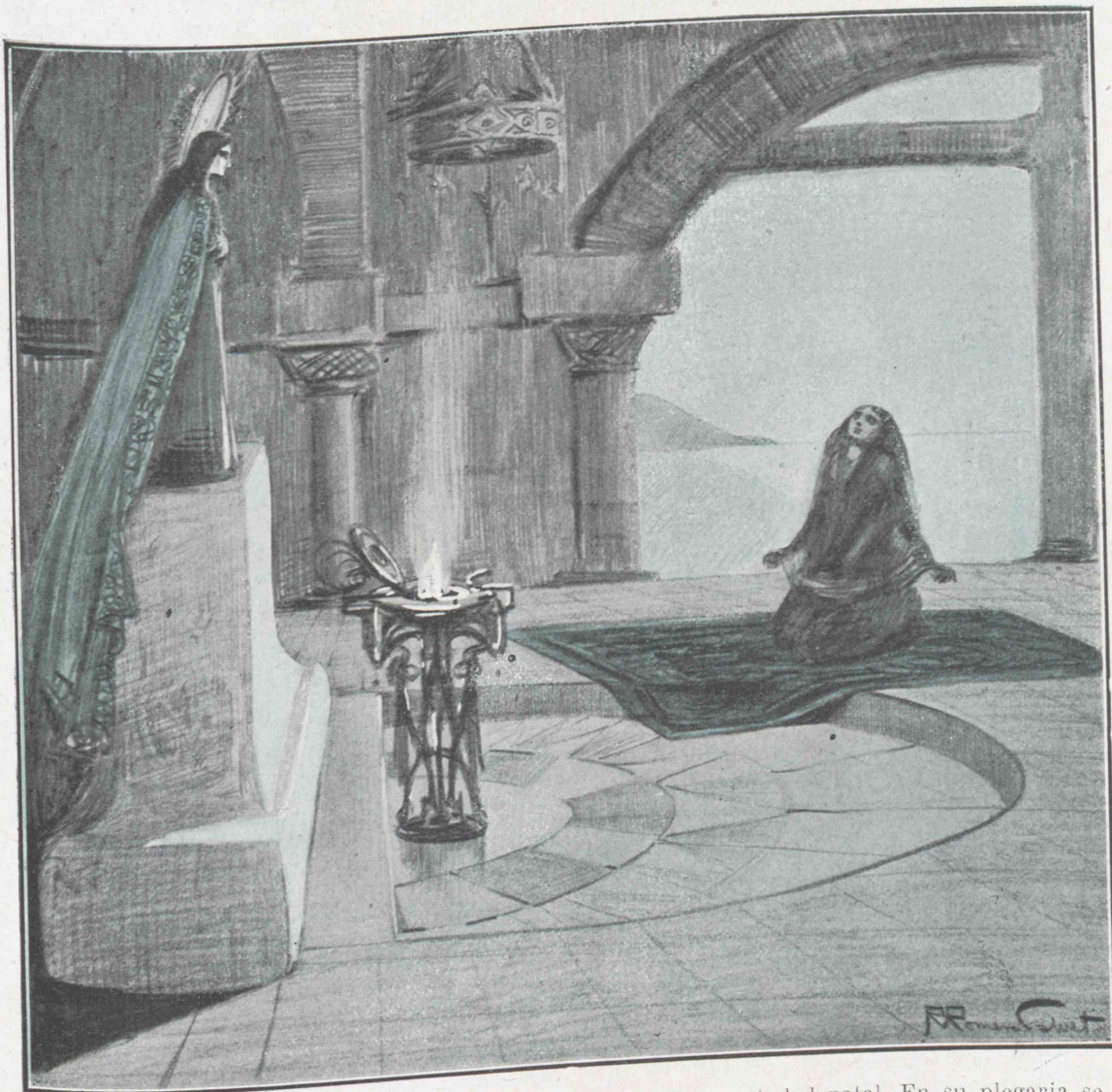
Pictá del mio martir!

Lisette esconde su envidia pensando que quien fué primera actriz en tragedias de amor mal puede avenirse á ser misera figurante en ellas. Lisette está lindísima, y sus mejillas empalidecidas ya pueden ponerse coloradas de rubor cuando convenga al arte y á la belleza.

Mientras Lisette ruge de celos aparte, los dos artistas ensayan la escena final del acto cuarto concienzudamente. Estudiado el dúo al piano, y cantado ya maravillosamente, acompañados por la orquesta, quédanse casi solos en el escenario, detallando la mímica hasta exagerada perfección. Miden los pasos y las frases; retiene Valentina á Raúl... huye de él; retrocede éste delante del gótico ventanal, marco escénico de la brutal *Saint-Barthélemi*, sostenien-

dos sea uno solo, grande y magnífico, perdurable.

La Rovetti va todas las mañanas á la Catedral, y oye la santa misa con ejemplar devoción. Pre-sentimientos confusos, nacidos al calor de su superstición meridional, la persiguen y contristan y reza fervorosas plegarias al Dios de los cristianos, á Nuestra Señora del Odio, á los dioses celtas representados por aquellas piedras sagradas de los bosques bretones, á la Virgen pura del ermitorio enclavado en las siempre frondosas



do en sus brazos á su enamorada... Y aquel estudio mímico lo repiten, recomenzando las frases, detallando una actitud para ajustar aquéllas y ésta al movimiento escénico...

Si no supieran hasta los pájaros que eran amantes, diría un envidioso que Leone inventa aquella mímica y finge aquel estudio, por el placer de tener entre sus brazos musculosos el cuerpo clásicamente modelado de la Rovetti...

Pero no es eso. Es aquel momento el culminante de la obra; de él depende el éxito, y Leone, artista y caballero amantísimo de su dama, quiere aleccionarla para que el triunfo de los

huertas de su ciudad natal. En su plegaria se confunden la superstición y la fe, la cristiana oración y la invocación pagana... y sus labios murmuran rezos fervorosos al salir de la vieja catedral gótica y caminar por las románticas callejas ruancesas, tortuosas, y ensombrecidas en aquella hora matinal.

Algo íntimo, muy íntimo y muy grande, hace delirar á su pensamiento y comienza á rasgar sus entrañas virginales... y la pobre mujer guarda para ella sola su sublime secreto: siente que la mariposa va á plegar las alas de colores, esclava de las transformaciones fatales a

que sujeta la pródiga naturaleza á todos los seres...; su pudor retiene la confesión que pugna por salir á sus labios en los momentos de delirio amoroso, y huye á la iglesia, buscando á su Dios. Desde la dulce penumbra eleva sus oraciones fervorosas, candentes...—no puede decirse de otra manera;—y reza, reza; pide con codicia, con toda su alma de creyente y de enamorada... sobrecogida por el temor de que Dios no quiera escuchar la oración de la gran pecadora.

Y sus lágrimas afluyen á sus ojos, ruedan por sus mejillas y su seno se estremece en suave espasmo.

Leone despierta y pregunta por Lea. Lisette dice que salió á misa... Mientras habla la doncella, el impresionable bretón tiene un mal pensamiento:

—Lisette sabe toda la historia de Lea. La doncella fidelísima, la humilde Jeannette, quedó en París... Esta, la voluble Nini, cantará de plano”.

La asedia, la tienta con codiciosas promesas y la confidente de la Rovetti es débil fortaleza que tarda en rendirse lo que tarda en ser sitiada. Leone cree que va á salirle al paso una troyana, y tropieza con una frívola muñeca parisiense.

Recuerda la fábula de Dánae y audazmente levanta á la preciosa figulina en vilo, siéntala sobre sus rodillas... y entre las promesas deslumbradoras y sus caricias y halagos suena la voz delatora.

Lisette torna á ser Nini:

—Sí, es española... de Levante... y de humilísimo origen. Rehuyó siempre cantar *Los Hugonotes* porque habían de llamarla por su nombre...

—¿Se llama Valentina?

—Valentina Borrull...

—¡Valentina! ¿Y ese nombre de Lea Rovetti?—grita el tenor lastimado porque el encanto se deshace, como si al conocer el verdadero nombre de su querida descifrara de súbito toda su historia galante y novelesca.

—Ese apellido es el de uno de sus amantes, un músico italiano que descubrió el tesoro que la española tenía en la garganta, y lo explotó en provecho propio... Fué su maestro y su caballero andante... La lanzó al teatro, y á costa del talento y de la belleza de Lea hizo una fortuna.

—Cuenta, cuenta, Lisette... No olvides nada. Di la verdad, toda la verdad... Yo te haré dichosa... te pesará en oro; pero habla, habla...—y el idilio de Lea Rovetti comienza á desmoronarse con todo su encanto poético... Aún dice, retorciendo su lengua felina, Nini:

—¡Oh! Soy mala... Yo debía callar... La señora es muy buena... Me ha perdonado siempre, hasta cuando me sorprendía sentada en las rodillas de sus amantes besándonos cariñosamente...

Leone, como si le picara un áspid, levánta-

se; sienta á su lado á Lisette, sonríe como Me-
fistóteles á Marta, atrae hacia el á la quebradi-
za muñeca por la cintura, y dicele al oído, ro-
zando sus labios ardorosos las frescas mejillas
pálidas:

—Mimi ha encontrado al fin á su *Rodolfo*... pero como el tuyo es más rico, aunque menos poeta que el de Puccini, tendrás oro, mucho oro... trajes, joyas, todo lo que quieras...; pero habla, cuenta la historia de esa mujer enigma que ha sido mi primer amor... Descifra el misterio de su vida. Yo le di toda la virginidad de mi alma de artista y de hombre... y ella me dió el misterio de su nombre, de su patria, de sus amores... ¡Oh!—y el apasionado amante siente rebosar por sus labios todos los celos amontonados desde el día venturoso en que tomó posesión de Lea.

—¡Es casada!—interrumpe Lisette lanzando el primer dardo emponzoñado en aquel corazón confiado.

—¡Casada!—ruge el tenor con uno de aquellos clásicos aullidos que arrebatan á sus admiradores en *Otello*. Y repite con profundo abatimiento en un suspiro tenue:—¡Es casada! Y yo la presenté á mi padre como futura esposa mía...

—No es eso solo... No sabe si su marido ha muerto ó vive...

—¡Di, di, habla, por Dios, Lisette mía!—y acompañado con deliciosa música de besos y suspiros sigue el relato:

—Puede referirse su vida en muy pocas palabras... Casada con un obrero, más enamorado de sus ideales de regeneración social que de su mujercita, huyó de aquel hogar frío y gris de la ciudad levantina en que vivían. “La mariposa—me decía ella misma,—quería volar; sus alas de colores se pudrían en aquel estercolero moral como el cuerpo de Job en el muladar bíblico... y un día la mariposa voló”. Las andanzas y malandanzas de Valentina Borrull fueron muy tristes. Cayó muy hondo á veces... El fantasma del hambre acarició sus mejillas muchos días... Logró remontar el vuelo otros venturosos días...; que la hermosura de la mujer ¡ay de mí! como la audacia del hombre, no sabemos cuándo nos valdrá, y cuándo nos ha de perder... Este es el secreto de la fortuna y de la miseria de tantas mujeres hermosas y de casi todos los hombres de genio! La mujer...

—¡Al grano, Lisette, al grano! ¡No moralices, no filosofes, porque estamos perdidos! Cuenta, narra... ya comentaremos...; tiempo de sobra habrá...

—Su fortuna tuvo su origen en una fiesta galante, en una “juerga” como dicen los españoles. Unos señoritos hicieron cantar á sus amantes canciones de su país al fin de la cena y con las copas del champaña en la mano. Obligaron á Valentina á cantar, y todos quedaron encantados, sin explicarse cómo pudo dormir hasta entonces voz tan maravillosa en aquella laringe. El músico italiano quedó sorprendido, pero calló el muy truhán... y pocos días después la mariposa remontaba otra vez el vuelo, abandonando al amante de aquellos días vergonzosos. Fué á Milán con el italianete, y éste se

dió tal maña, que un año después debutaba con el nombre de Lea Rovetti en el mismo Milán. El músico había hecho de ella una gran artista, pero le hizo pagar á peso de oro su nacimiento á la vida del arte. Ella se dió cuenta de que la solicitud del italiano no era sólo amor al arte y amor al amor... y le dejó, yéndose á San Petersburgo con el agregado militar de una embajada. Y ésta es su historia.

—¿Y siguió teniendo amantes?

—¿Y siguió teniendo amantes?

—A su maestro y amante, Aristides Rovetti, rindió una fidelidad ejemplar... Luego tuvo otros amoríos, sí, pero fueron todos de alto co-
pete. Vuestros antecesores han sido artistas ex-
ceisos, grandes duques, príncipes... ¡quizá
reyes! Podéis estar orgulloso. Si Valentina Bo-
rrull tuvo amantes de toda ralea... la Rovetti
ha dormido en regios lechos de púrpura y oro...
¡Todo lo ha dejado por vos! ¡Hay que hacerle
justicia! Ahora no tiene otros amores. Sólo del
italiano y de Leone Leoni fué fiel, fidelísima
amante...

—¡Oh, es casada!—y jura el tenor como un carretero bretón, crispando los puños.—¡Está unida á otro hombre! ¿No habrá muerto?

—No, no se sabe... Conmigo aprendió francés y ella me enseñó español para hablar con alguien la amada lengua nativa. Yo fui su secretario. Escribimos á los cónsules españoles de casi todo el mundo. Nada se sabe de él.

—¿No quedó en España el marido abandonado?

—Sí; pero desapareció á raíz de un atentado terrorista. Huyó á los Estados Unidos de América, donde se perdió como grano de sal en el océano.

—¿Y... no tuvo... hijos de él? ¿Tenía Lea madre, hermanos?

—No, no tuvo hijos ni de su marido ni de sus amantes... Sus padres murieron siendo ella muy niña. Vivía con la familia de su marido... En Madrid supimos que había muerto la madre del fugitivo anarquista, porque en Madrid se le apareció por primera vez el Espectro que la persigue...

—¡Ah! ¿Tú también crees que existe esa sombra? Y vamos á ver... ¿quién es ese fantasma misterioso?—Y Leone rié.

—¡Yo lo diré! Es un ciego, hermano de su esposo... enamorado de ella con pasión de loco, desde antes de su ceguera.

—Pero ¿es cierto que va por el mundo errante, con su perro, y que se presenta donde sabe que Lea está, pidiéndole la misericordia de un beso para morir contento el ciego loco, enamorado de una mariposa de colores?

—Yo le vi en Madrid... Puedo atestiguarlo porque la acompañaba aquel aciago día... Después, no sé... Ella dice que sí, que es él, el mendigo que en París, en Florencia, en Niza, en San Sebastián... aparece delante de sus ojos como un espectro, amenazador y suplicante á la vez... Lea tiene una imaginación meridional, ensueña despierta; es supersticiosa, miedosa... y yo no sé si padece alucinaciones que le hacen tomar á cualquier mendigo por aquel que en Madrid la persiguió... ó si el Espectro está solo en su mente.

—¡O en su conciencia! ¡Quién sabe! ¿Pero es cierto que esas apariciones reales ó fantasma-
gógicas alucinaciones coinciden con sucesos des-
graciados que persiguen á Lea?—pregunta el
bretón inquieto, tal vez resurgiendo en su ima-
ginación las leyendas celtas, druídicas, de su
región brumosa. Lisette aviva más los ensue-
ños supersticiosos del antiguo pescador bretón.

—Será casualidad, coincidencia extraña; pero así es... Cuando ve al Espectro realmente ó cree que lo ve... que es igual, le ocurre alguna desgracia, algún contratiempo grave á la señora, indefectiblemente.

—¿Y mucho tiempo ha que no ha visto al Espectro y oído su maldición?

—Desde el suicidio del pobre caballero de Valdélazor en San Sebastián. ¡Coincidencia rara funesta! ¡A la misma hora en que el landó de Lea se detenía en la Zurriola, al obscurecer, delante del Espectro maldiciente, el marqués se pegaba un tiro en el cuarto de la fonda, separado de Jeannette por un tabique... ¡Qué día! Jeannette estuvo enferma... La señora también...—Leone se estremece; pero luego dice rehaciéndose:

—¡Bah! Supersticiones... alucinación de los sentidos exaltados... coincidencias fatales...

Un campanillazo violento interrumpe el diálogo de los dos amigos de Lea.

Lisette abre... La Rovetti entra como si huyera de alguien; viene pálida y mojada hasta los huesos. Cae temblando en un sillón, sin habla... Leone y Lisette no han advertido que fuele torrencialmente, hundidos en su dulce platicar, y ninguno de los dos pensó en enviar un carruaje á Lea.

Trabajosamente articula:

—¡Leone... él, el Espectro... en la iglesia! Me adivinó al pedirle paso para entrar en una capilla de la catedral... Al oír mi voz levantóse, asíome de los vestidos, me miró con sus ojos muertos y quiso llevarme con él... ¡como en Madrid, como en Milán! Escapé de sus garras como pude, y como un condenado, ¡en la propia iglesia, lanzó su maldición sobre mí...!—Y la infeliz mujer cae sin sentido en brazos de sus amigos, que esquivan furtivamente la mirada, como esquivando un remordimiento...

Lea tarda á levantarse del lecho. Aplazada su presentación al público de Ruan, canta Leone las óperas en que la Rovetti no toma parte; y así pasan los días anunciando la empresa del pronto restablecimiento de la diva, y la diva gimiendo en su lecho de dolor.

El susto de la catedral, alucinación suya o realidad, que ella no lo sabe bien, y el tremendo remojón en las calles de Ruan, son la causa de la pertinaz afonía que sufre, y que preocupa por muy diversos motivos á Lea, á su médico y á la empresa. El doctor ha calificado su dolencia

de una laringitis aguda, de carácter catarral, benigna. Ha exigido reposo absoluto de la voz,



baños locales, fumigaciones húmedas, inhalaciones, pulverizaciones y todo el arsenal que su

ciencia tiene á mano, y resulta inútil. Lea está bien, no tiene fiebre siquiera; pero su afonía no se alivia ni al parecer tiene remedio.

Una noche regresa Leone del teatro, y al verla dormida profundamente, aunque inquieta por profundos suspiros delatores de algún mal ensueño, se acuesta en su cama, separada de la de Lea por una alfombra y una piel de oso blanca. Deja encendida la lámpara eléctrica con pantallita rosa, y se tiende fatigado en el mullo lecho. Lea no quiere despertar y encontrar las tinieblas ante sus ojos: moriría de pavor. Leone lo sabe y á pesar de que tarda en conciliar el sueño con luz encendida, respeta el deseo de su amada.

Viene rendido. Ha cantado *Carmen* con la Kostha—una catalana graciosa y mórbida, que firma con tan singular ortografía,—y *Carmen* es ópera de prueba para todos los tenores de corazón, sean ó no bretones. "Don José" acaba de matar á la pobre "Carmen" y siente remordimientos que no se han desvanecido al levantar á la Kostha de las tablas y adelantarse á las candilejas para recibir ambos el homenaje de sus admiradores.

Lisette le espera amorosa. Toma el tenor un vaso de leche tibia con sendos bizcochos... y en la puerta de la propia habitación de Lea un largo beso, teniendo suspendida en el aire á la ligera muñeca parisiense, es su última despedida aquella noche.

Leone se duerme batallando en su mente supersticiosos temores, remordimientos nacientes... pero se duerme al fin.

Un grito ronco, rudo, como proferido por una garganta que se quiebra le despierta; salta del lecho... y ve á Lea, medio caída la blanca veste con que dormía, levantarse de su cama y correr hacia él muerta de pavor. Se refugia en sus brazos gritando con voz ronca como de leona en celo:

—¡Leone... es él... el Espectro... viene por mí... No, no: soy tuya; quiero ser tuya solo...! Ampárame... librame de él, de ese Espectro horrible... mátales... mátales...!

Leone acaba de despertarla... Dormía cruel pesadilla, y se arrojó del lecho huyendo de los espectros que giran macabra danza en su imaginación... Leone, acaricia y da abrigo en sus brazos á aquella escultura de carne sonrosada, eternamente virginal, como Ninón, en la cual el placer no dejó ninguna huella deforme; la tranquiliza, la acomoda en su lecho, cubre sus divinos senos, echa mantas sobre sus pies, y vela su sueño, sin soltar su mano tibia, mórbida y sudorosa... Cuando su sueño es sosegado, Leone se levanta, mira con mirada compasiva á la pobre enferma, acábase de vestir, y se sienta á la mesa y escribe, escribe sin descanso, nerviosamente... mirando á hurtadillas á su querida.

Una tarde, á hora de ensayo, vienen del teatro, en busca del tenor. Lea cree que está en el teatro. Llama á Lisette... y tampoco responde... Un cruel presentimiento encoge y oprime su corazón... La clave reveladora de la infamia que el tenor y su doncella cometen con la infeliz enferma, es una carta que una hora más tarde trae un mozo de la estación.

En la carta dice el supersticioso descendiente de los celtas de Armósica, que "huye de ella porque es pronto aún para seguir al pobre marqués de Valdelazor... No quiere ser esta vez la víctima de aquel Espectro que la acosa..." Así, brutalmente, sin velar su terror ni disimular su cobardía, lo estampa en el papel Leone Leoni, el célebre tenor.

Y es aquel el mayor dolor de su vida, la espina más aguda de su corona; porque el hombre adorado, que corre hacia Londres y descansa su cabeza apolínea en el regazo de Niní Lisette, al término de su fuga; el elegido de su corazón, su último amor... es el padre del ser que palpita ya en sus entrañas con los primeros dolorosos espasmos y estremecimientos de vida!

"¡Su pasión se ha hecho carne... Es madre! ¡Y Lea será otra! El ignorará siempre que la maternidad ha redimido y reencarnado á Lea Rovetti en Valentina Borrell..."

La mariposa plega las alas. Quiere ser buena... y, ¿una madre no tiene derecho á serlo?"

JORNADA QUINTA

VALENTINA.—EL ESPECTRO.

Valentina ó Lea Rovetti, tanto monta ya, generosa siempre explica así á los buenos bretones, la fuga de su hijo:

—Cai gravemente enferma en Ruan; Leone había de cantar en algunos teatros de Bélgica y de Londres, y como anda algo delicado por el exceso de trabajo, Lisette, la doncella leal, le acompaña en calidad de enfermera... Yo me he sacrificado por él gustosa... Vendrán cartas explicando el caso...

Pero las cartas no vienen, y Valentina sufre porque adivina el secreto pesar de los viejos, quienes recelan la ligereza cometida por aquel mozo sin seso.

Valentina va mejor, no mucho, de su afonía; pero está más gruesa; comienza á perder la esbeltez de su talle de diosa y á transformarse la belleza de la virgen en hermosura de madurez maternal. Confiesa su estado á los viejos y al cura-druída, quien reclama el derecho de echar el agua sagrada sobre la cabeza del nuevo vástago... ¡desde lo alto de un dolmen!

Vienen cartas del fugitivo. La primera fechada en el Paraguay. Habla en ella únicamente de sí mismo y de sus sueños de oro. Tiene contratos por cinco años en América, y llevará á Bretaña montones de oro americano. Quiere ser rico, millonario... No nombra á Lea ni mucho menos á Lisette. Cuenta sus triunfos y envía la pensión acostumbrada.

Valentina lee con tristeza aquellas cartas, en las que palpita un alma avara y vulgar, y una onda de melancolía la rodea y envuelve. Y sube todas las tardes, cuando el sol declina, á las ro-

cas que sostienen la capilla de Nuestra Señora del Odio, y recrease en el espectáculo borrascoso del mar, que contrasta bellamente con la paz de su espíritu.

Hay días en que el mar se cansa de rugir vanamente, y de deshacer su cólera en espumas sobre los negros escollos. Las olas mansas salpican levemente los vestidos de Valentina, y sus ojos contemplan extasiados el disco de cobre igneo del sol hundiendo lentamente en el seno de las aguas verdinegras. Este goce infantil munda de paz y de poesía su alma. Llega la noche y la sorprende mirando aún como adivinada, la línea lejana por donde el paure Sol se ocultó.

Antes de bajar á la aldea, entra en la capilla, apoya su frente febril en el dolmen que sirve de altar y reza fervorosamente, pidiéndole á aquella divinidad céltica vestida con atavíos cristianos, fuerzas contra el destino, valor temerario para luchar contra el hado implacable que la persigue. Ya no es su oro, su gloria, su porvenir artístico, lo que quiere defender... Es aquel niño que se mueve en su seno, y para el que anha un porvenir honrado y un nombre!

Sale de la capilla de Nuestra Señora del Odio una tarde de hermosa bonanza, adelantado ya el crepúsculo. Está serena su alma, como el cielo, tranquila su conciencia, como las aguas oceánicas.

Va hacia las rocas salitrosas para tender una última mirada sobre mar y cielo... y queda sobrecogida.

De entre las oquedades oscuras de las piedras, salpicado de espumas y cubiertos rostro y cabellos de algas y limo, surge un fantasma, el hado implacable concretado en una sombra humana...

¡Es el Espectro despiadado que acosa á su víctima en su último refugio!

Pero Valentina no se acobarda, y como fiera en su cubil defiende al cachorro, ella va á defender lo único que le resta de sus amores y de su gloria pasada...

Están frente á frente.

El Espectro habla:

¡Ah, la mala hembra! Pensó que no la acosaría en su guarida... No me esperabas...

—¡Sí, te presentía...!—ruge Valentina con ronca voz.—¡Pero ya no huyo... Voy hacia ti!

—¡Ah! Por fin... Vas á rendirte á mi pasión... Vamos á fundirnos en una misma caricia... en aquel beso negado en Madrid, en Milán, en Ruan...

—¡Sí, sí... ven, tómale!

—¡Ah!—suspira la sombra, y avanza hacia Valentina, buscándola con sus manos extendidas, temblorosas, y con sus ojos cuajados, muertos.

Valentina avanza también... Encuéntranse sus manos, chocan sus contornos... Ella ríe con risa trágica; el Espectro con deleite sublime.

La mujer y la sombra se confunden y entrelazan... No es caricia lo que les une: es lucha sorda y formidable. Valentina ya no es mujer, es leona que clava sus garras en la garganta del Espectro, la atenaza, la oprime, poniendo en su esfuerzo supremo todo el odio y todo el miedo

acumulados tantos años... y la sombra afre los brazos, suelta su presa y con ansias últimas de muerte cae sobre las rocas...

Valentina le mira con ojos espantados... El Espectro no quiere morir aún... Su agonía es infinita, eterna...

Con un último esfuerzo se inclina, aférrase á él, le levanta y arroja al abismo. El Espectro rebota sobre los erizados salientes de los escollos y se funde para siempre en las aguas verdinegras... Las olas ábrense compasivas y le guardan en sus senos, avaras de su presa.

Un aullido lúgubre, espantoso, hace volver la cabeza á Valentina... Un perrazo negro, de ojos fosforescentes, olfatea el rastro del Espectro; escarba, caracolea entre las rocas... Lo encuentra, sube al más alto escollo, miran á Valentina sus ojos como dos discos de cobre ígneo como el sol... y se arroja al mar sepultándose también en las aguas negras, negrísimas...

Valentina, cruzadas las manos sobre el seno anhelante, y en actitud trágica junto á negruzca roca, ve cómo todo su pasado se hunde al fin en el mar bretón.

Y como una alucinada corre hacia la capilla de la Virgen del Odio, cae de rodillas, con las manos enclavijadas, reclina la ardorosa frente sobre el dolmen que sirve de altar, y murmura como un rezo:

—¡Ya no existe el Espectro! ¡Ya no destrozarán sus garras mis amores! ¡He salvado á mi hijo! ¡He salvado á mi hijo!

JORNADA SEXTA

VALENTINA Y SU HIJO.—EL CURA-DRUIDA Y LOS VIEJOS BRETONES.

VALENTINA (*en todo el esplendor de su belleza maternal, mece la cuna del hijo amado. Este sonríe como un ángel... Alguna vez frunce el entrecejo como si fuera á estallar su lloro... Despierta de súbito.*)

¡Hijo de mi alma...! Ven, amor de mis amores; toma la vida de mis senos, el calor de mi corazón... (*Lo besa con dulce transporte.*) ¡Tu madre es toda tuya!

LOS VIEJOS, (*formando grupo junto á la madre que amamanta al infante.*)

¡Oh, qué hermoso rapaz! En él revive el idilio de nuestros amores; nuestra juventud reverdecerá en esos ojos infantiles, traviosos y vivos... ¡Oh, y Leone, hijo pródigo y loco, sin venir! Todo su oro no vale lo que nuestra dicha...

EL CURA-DRUIDA, (*mirando fijamente al tierno mamón*):

Hay en el brillo de esas pupilas y en la dorada aureola que circunda su cabecita, promesas de venturas inenarrables y de días de gloria. ¡Este niño será un grande hombre, una gloria de la humanidad! “Desde la cuna da señas de sí el valor”. No temas, pobre madre, por tu hijo. Goza en tu dicha presente y en la futura! Auguro yo su gloria y la tuya... que “los principios de las cosas especialmente grandes, son obscuros...”

(*La madre y los ancianos tienen fe en la profecía, porque en los ojos del cura-druida, brilla la divina irradiación de los videntes y de los iluminados... Humíllanse y besan su mano que bendice y perdona.*)

Diada de San Juan de 1911.

FIN

79 Parte: Un Santo

Bernardo Morales San Martín.